ACANTILADO

Tanguy Viel

París-Brest

TRADUCCIÓN DE CARLOS OLLO

PARÍS-BREST

TANGUY VIEL

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE CARLOS OLLO RAZQUIN

ACANTILADO
BARCELONA 2011

©

TÍTULO ORIGINAL
Paris-Brest

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 — 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2009 by Les Éditions de Minuit
© de la traducción, 2011
by Carlos Ollo Razquin
© de esta edición, 2011
by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Obra publicada con la ayuda del Centre National du Livre, Ministerio francés de Cultura

ISBN: 978-84-15277-09-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 33 007-2011

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
marzo de 2011

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier

medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

I

CON VISTAS A LA RADA

1

Al parecer, después de la guerra, mientras Brest estaba en ruinas, un arquitecto audaz propuso, puestos a reconstruir, que todos los habitantes pudieran ver el mar: se habría construido la ciudad en hemiciclo, aumentado la altura de los edificios, avanzado la ciudad al borde de la playa. De alguna manera todo habría sido reinventado. Se habría reinventado todo si no hubiera habido algunos ricos gruñones que querían recuperar sus bienes, o más que sus bienes, ya que la ciudad estaba en cenizas, el lugar que ocupaban sus bienes. Entonces en Brest, como en Lorient, como en Saint-Nazaire, no se reinventó nada, solamente se apilaron piedras sobre ruinas. Cuando se llega a Brest, lo que se ve es la ciudad blanquecina detrás del puerto, algo luminosa, pero sosa, cúbica y aplastada, cortada como una pirámide azteca por un golpe horizontal de guadaña. Ésta es la ciudad a la que llaman, junto con otras, la más horrible de Francia, por culpa de esta reconstrucción torpe que provoca corrientes de aire en las calles, por culpa de una vocación de balneario fallida (incluso completamente fallida, ya que la única playa de la ciudad al fondo de la rada se encuentra allí abandonada, al final de las cuatro vías de salida que desatascan la ciudad), por culpa de la lluvia frecuente, de la lluvia persistente que no saben compensar las grandes luces del cielo, de tal manera que Brest parece el cerebro de un marino, desligado del mundo como una península. «Sí, como una península—me decía Kermeur hijo—, y si te quedas aquí, tú acabarás igual, acabarás como tu abuela».

Sentado frente a ella en el bus que nos traía de vuelta a la ciudad, recuerdo cómo podía leer en su piel la fatiga que surcaba su rostro, ella, los ojos fijos en el exterior y el mar bajo nuestros pies, mientras que el bus se dirigía hacia la rada, sobre el puente por encima de la

rada, ella como cada vez al regresar del paseo, posaba su dedo índice en el cristal y me decía: «Mira». Entonces yo miraba a lo lejos las ventanas de su casa, en lo alto del bulevar que dominaba el puerto, las cinco grandes ventanas de su nuevo apartamento, su nuevo apartamento con vistas a la rada, no dejaba nunca de precisar, ciento sesenta metros cuadrados con vistas a la rada, repetía como si fuera una sola palabra, una sola expresión que ella había pronunciado miles de veces, dejando deslizarse todas las imágenes que conllevaba, es decir, el mar azul de la rada, los reflejos de la luna en el agua, las silenciosas mareas de agosto, los reflejos de las rocas y las horas grises del invierno, es decir, la transformación incesante del humor marítimo. Y yo ya sabía que en cuanto hubiera bajado del autobús le daría el brazo en la acera, ya que ella insistiría para que fuéramos a cenar juntos a su restaurante preferido, «Vamos—decía—, tú puedes venir al Círculo Marino conmigo y después me acompañarás de regreso, no tendrás que andar mucho». Y era verdad que no tendría que andar mucho ya que yo vivía debajo de ella. Y en el fondo yo no me decía más que una cosa: que yo me lo había buscado.

«Sí, tú te lo has buscado—me decía Kermeur hijo—, no había por qué venir a vivir debajo de ella, no había por qué aceptar este negocio inaceptable pero tú, evidentemente, tú lo has aceptado, has sido lo bastante burro para aceptarlo», me asestaba cuando venía a mi casa de noche, hacia las nueve, puntual como un reloj. Dejábamos el Círculo Marino a las nueve menos veinte, mi abuela subía a su casa a las nueve menos diez y yo estaba seguro de que a las nueve Kermeur hijo llamaría, con una botella de vino en una mano, un cigarrillo en la otra, siempre dispuesto a darme una palmada en el hombro, «En el hombro de mi viejo amigo», decía. Porque de alguna manera es cierto, Kermeur hijo era un viejo amigo. Y al mismo tiempo que me volvía a servir un vaso como si estuviera en su casa, él también se servía uno y se lo bebía de un trago, después se apoyaba en el radiador bajo la ventana, afuera la noche contradicha por la claridad de las farolas, la bruma anaranjada que controlaba la ciudad, y el casi silencio que él interrumpía con el ruido seco de su vaso en el fregadero. Después miraba la gaviota posada en el alféizar del balconcillo y le decía al mismo tiempo, un poco borracho como estaba a esa hora avanzada de la noche, le decía: «¿Tú también querrías cenar con la anciana señora, eh?», con el tono zalamero e irónico con el que hablaba a la gaviota y se reía solo.

Pero adónde había ido a buscar una expresión semejante tan cristalina y eficaz que yo no podía hacer como si nunca la hubiera oído: «la anciana señora». En cierto modo él había ganado: para mí también mi abuela se había convertido en «la anciana señora», a medida que yo iba con ella por la ciudad en nuestros paseos

habituales, de la iglesia al cementerio y a la pastelería, sí, paseos, así llamaba ella a las tardes pasadas en visitar las tumbas, en desempolvar las piedras, ya que durante todo el tiempo que viví en Brest debajo de ella fue necesario que la acompañara al cementerio todas las semanas, a ella y a la señora Kermeur, porque a veces llevaba a su asistenta al cementerio.

—¿Y no estás harto—empezaba de nuevo Kermeur hijo—, de ir a jalar todos los días a su restaurante de marinos?

Pero si apenas se le puede llamar al Círculo Marino restaurante, es más una especie de club en el que hay que justificar la pertenencia a la Marina para ir a comer, lo que quiere decir que todo el mundo o casi todo el mundo puede acceder: ¿quién no tiene en Brest, por matrimonio o parentesco, relación con un marino? Así que ella, que era viuda de un oficial de la Marina, venía todos los días a ese lugar que ella creía de alto copete, por los quince escalones de la escalinata de entrada, por las banderas republicanas francesas que colgaban, por los lugares reservados para los oficiales de más alto rango, por su chiquillería innumerable y por la pinta seca y recta del servicio.

Sé de qué hablo, he ido miles de veces, acompañándola tanto al mediodía como a la noche, saludando sin quererlo a las flacas figuras de los oficiales que allí comían, en su santuario de vidrieras. Se diría que en la Marina los reclutan por la forma del esqueleto, o bien que un cierto tipo de ejercicios físicos, o un cierto régimen alimenticio, ha acabado por esculpir sus cuerpos con el mismo corte longilíneo y curiosamente aviar, sí, es eso, es exactamente eso, se parecen a ocas, a pavos o a patos, y los hijos por decenas, ya que se tienen muchos hijos en la Marina, parecen pequeños patitos, cuando franquean, con el trasero un poco levantado, la pesada puerta de vidrio ahumado.

Y para ella ese lugar era como su caparazón, donde no había que temer la menor mota de polvo del exterior, donde se encontraba entre la gente de su mismo mundo, con las mismas ropas y las mismas ideas políticas, garantizando a cada uno la tranquilidad del prójimo, de ese tipo de prójimo al que a ninguno de ellos le cuesta amar como a uno mismo, ya que es él mismo. Vestidos todos igual, peinados todos igual, comiendo todos lo mismo en el Círculo Marino, los hombres con el pelo rapado en la nuca y las mujeres ataviadas con una diadema, componen un grupo caprichoso, irrupción de un pasado que seguramente nunca ha existido pero al que ellos están seguros de representar e incluso transmitir, una especie de Francia antigua y monárquica, y como aún sacudida por el caso Dreyfus.

—Es que en Francia—me decía Kermeur hijo—, en Francia huele a rancio. —Y se reía solo.

«Pero yo no he tenido elección—le decía—, mi madre no me ha dejado elección, era esto o el sur, y qué hubieras hecho en mi lugar, lo

mismo que yo, seguro, todo excepto el sur». Y oía la voz de mi madre repitiéndome unos meses atrás: «O vas a vivir con tu abuela, o vienes con nosotros al sur, me has oído bien, es eso o vienes con nosotros al sur de Francia». Y levantando los ojos al techo, mi madre unía las manos como una madona italiana implorando a un dios escondido en su interior, para repetir incansablemente que no era posible, «Dios mío, qué le he hecho yo al cielo, qué le he hecho yo al cielo para tener que partir hacia allá abajo, hacia la región más fea de Francia», se lamentaba mi madre.

Es verdad que el Languedoc-Rosellón es bastante feo. Yo nunca he vivido allí, pero no me gusta esa región. No me habléis de su garriga, ni de sus toros, ni de sus flamantes rosas, no me habléis de las viejas piedras de Montpellier ni del mistral bajo el puente del Gard, estoy demasiado de acuerdo con mi madre y me compadezco del que vive en el Languedoc-Rosellón, con más razón del que vive allí contra su voluntad. Y mi madre vivió allí contra su voluntad.

Así que ella hubiera querido que yo también viviera allí, es decir que partiera con ella al sur para vivir el exilio en familia y sufrir en familia, tal y como lo llama ella, el exilio, por culpa de los problemas de mi padre, que les habían obligado a dejar Bretaña, los grandes problemas que ya tendré la ocasión de evocar. Pero no me fui con ellos. «Yo me libré del exilio—le decía a Kermeur hijo—, porque tenía ya diecisiete años y era perfectamente capaz de hacerme responsable de mí mismo y por lo tanto de quedarme en Brest sin mis padres».

Mi madre nunca ha compartido mi opinión de mí mismo, pero tuve suerte dado que al mismo tiempo mi abuela insistió para que me quedara con ella, que ya que me quería quedar bastaba con que viviera debajo de ella, que todo esto venía muy bien puesto que ahora ella tenía espacio, demasiado espacio para una persona sola en su nuevo apartamento, su apartamento demasiado grande, decía ella, con vistas a la rada. «Entonces, con la condición de que vivas con tu abuela, te puedes quedar en Brest», acabó por decir mi madre, con la muerte en el alma.

—Si al menos vivir allá abajo le calmara las crisis—decía Kermeur hijo.

—Eso ni lo sueñes—respondía yo—, las crisis de mi madre son en el fondo fruto de la angustia. La única cosa que se puede hacer, dicen los médicos, es ponerse una bolsa de plástico en la cabeza y respirar dentro, es la única cosa que se puede hacer para calmarla.

—Una comedia, eso es lo que son las crisis de tu madre.

Y mientras bebía el vino que Kermeur hijo me servía, sentado allí viéndole agitarse y hablar más que yo, seguía oyendo en mi cabeza esta improbable conversación entre él y mi madre, «Inaceptable—decía uno—, es un trato inaceptable», y la voz de mi madre que venía

a superponerse: «Y además te recuerdo que no eres mayor de edad, que somos responsables de ti ante la ley».

«Ante la ley», oía yo aún, poniendo la música alta para no sufrir los pasos de mi abuela arriba en el parqué, cuando a diario se levantaba mecánicamente para tragar sus somníferos, volverse a acostar después, y al fin dormirse.

—Pero escucha esto—decía yo a Kermeur hijo—, me veo obligado a poner música todo el tiempo para concentrarme, pero si pongo música entonces no me puedo concentrar, no puedo ni siquiera leer.

—Mientras sigas aquí—decía—, en una ciudad lluviosa y apartada del mundo, mientras sigas aquí no llegarás a nada. —Y mirando sin creerlo las estanterías llenas de libros que recorrían las paredes, decía de nuevo—: Mejor si hubieras hecho como tu hermano, mejor si hubieras jugado al fútbol.

Pero a eso yo no respondía, ya que no tenía realmente una respuesta, sentado allí sin hacer nada en el espacio de mi habitación, en los dieciséis metros cuadrados de mi estudio, «Es decir, diez veces menos que el apartamento de tu abuela—decía Kermeur—, y es perfectamente normal, ya que tú eres diez veces menos rico». Y eso le hacía reír, no que yo fuera pobre, sino que mi abuela fuera rica.

—No—decía—, lo que me hace reír no es que tu abuela sea rica, es cómo se ha hecho rica, eso sí, eso me hace reír.

Y al mismo tiempo se volvía a servir un vaso, encendía un cigarrillo, y a veces incluso se tumbaba en mi cama. Era así Kermeur hijo, se sentía como en su casa. Y también era verdad que era un poco su casa, después de tantos años como su madre llevaba trabajando arriba, decía, «y ahora al servicio de tu abuela».

—Pero si me hubieran dicho que un día tu abuela viviría aquí, si me hubieran dicho que un día mi madre estaría al servicio de tu abuela…

Y siempre había un silencio entre nosotros.

2

Es verdad que es casi divertida la manera en que mi abuela se hizo rica, por culpa de los quince escalones del Círculo Marino que él, el viejo señor, sea dicho, no podía bajar solo, sus ochenta y ocho años acumulados en el temblequeo de las piernas, el temblor de su mano buscando la barandilla, entonces aquel día, sea dicho, él esperaba en la escalinata sin decir nada, no osando decir nada ni pedir socorro y pensando que acabaría por hacerlo, bajar y volver a subir al día

siguiente, como siempre. Pero ese día el azar o algo así quiso que ella, la anciana señora, empujara la alta puerta de vidrio unos segundos apenas después de él, habiendo tomado el mismo menú único que servían allí, y ella le ofreció su brazo. Él, tan orgulloso, tan robusto, él, tan digno cuando ella educadamente propuso que bajaran agarrados el uno al otro por el pliegue de sus codos, él la saludó, preguntó quién era el ángel que venía a socorrerle, y aceptó.

Es ella quien lo cuenta así. Es ella quien insiste en su educación y su dulzura. Pero para quien se cruzó con él alguna vez, para quien lo vio en su sofá imperio y oyó el sonido grave de su voz, es posible pensar que podía bajar solo. Es posible pensar que él se había hecho creer a sí mismo que no podía bajar, o le había hecho creer a ella que no podía bajar, habiendo o no calculado el golpe, pero esperando que le ayudaran, o, incluso, que ella le ayudara. Es posible verle mascullar, refunfuñar contra su bastón, hablando solo y embarcarse a pesar de todo en la bajada. Ella, tan amable, le cogió el brazo a fuerza de insistir, mientras que él continuaba refunfuñando, mirándola apenas, pero finalmente tranquilizado o aliviado.

Soy yo quien lo cuenta así. Pero no sé de esto mucho más que ella e incluso un poco menos, ya que yo no estaba allí cuando tuvo lugar este encuentro, cómo ella le abordó o a la inversa, o cómo dos viejísimas personas se encontraron como niños sin saber dónde posar los ojos, multiplicando las frases banales, los «No hace muy bueno», los «Estos escalones son tan peligrosos», ellos que se habían observado durante tantas comidas en la gran sala del restaurante engullendo cada uno solitariamente su plato, habiéndose seguramente saludado miles de veces con un gesto de la cabeza, como dos clientes habituales intrigados por la simetría del otro, evitando mirarse demasiado, al mismo tiempo que, eso no podía fallar, sus miradas se cruzaban puede que cuatro o cinco veces por comida, de tal manera que a veces esbozaban una sonrisa invisible.

No lo sé. Nadie lo sabe. Nadie estaba allí para verlo, salvo los mudos sirvientes a los que nadie jamás habría tenido la idea de ir a preguntarles esos detalles por lo incongruente que hubiera sido hacerlo, si no se habrían fijado, por casualidad, en un viejo señor al fondo de la sala y en una anciana señora cerca de la ventana, si esos dos no se miraban ya con el rabillo del ojo y no se hacían algunos gestos de amistad, no, nadie habría tenido la idea de preguntar eso, no aquí, no en el Círculo Marino, en esta sala más vertiginosa que un museo de historia natural.

El Círculo Marino tenía eso en común con un museo de historia natural, él también acogía dinosaurios, de esos grandes desaparecidos de los cuales no se podía creer que existieran aún especímenes, no sólo esas familias numerosas, sino los otros que eran la mayoría de la

clientela: viejos, viejos cuyo esqueleto parecía sostenido por hilos invisibles que los mantenían de pie como en un museo, viejos almirantes tiesos, salidos de Trafalgar y de punta en blanco, «Siempre impecables—decía mi abuela—, ah, verdaderamente siempre impecables», insistía, sin embargo todos cojos y encorvados, pero tan orgullosos aún, tan alerta con su corbata y su cuello almidonado, su pelo peinado como es debido o bien su ausencia de pelo peinado como es debido, «O un elegante sombrero», decía ella, que se quitaban para saludarla tan educadamente, tan obsequiosamente, debería decir. Pero desde su punto de vista nunca había habido allí nada de excesivo en educación, así pues, nada de obsequioso.

Forzosamente la veíamos acabando sus días con un almirante, ella, que escuchándola parecía que seducía a todos esos viejos que le llevaban quince años. Pero no es eso lo que ocurrió, que ella terminara sus días con un almirante, no es eso exactamente lo que ocurrió, digamos, Albert Vlaminck, el hombre de ochenta y ocho años acumulados en el temblequeo de sus piernas, Albert Vlaminck no era almirante.

Y ese día que el azar les unió por primera vez en la escalinata del Círculo, sin duda ninguna emoción vendría a mostrarse ni a estremecerse en sus mejillas un poco jaspeadas, en sus frases afectadas, en todo caso encontraron la fuerza para que no se notara, ella aún más, con ese aire glacial hasta la punta de las uñas y conservando su rostro desengañado, maquillado pero desengañado, lleno de palabras vacías y demasiado amables, así que durante mucho tiempo todos nos preguntamos con qué le había podido seducir, a él, a Albert.

Puesto que sería seducido, al menos daría todas las pruebas de estarlo, él que algunas comidas más tarde, sin retroceder ante nada, digamos, algunas decenas de Círculos Marinos más tarde, le propuso convertirse en su heredera.

Él le propuso eso, sí, convertirse en su heredera e incluso en eso que llaman, eso que ella ha aprendido que llaman, su legataria universal. A cambio de qué, simplemente bastaría con que pagara con su presencia cerca de él todos los días que le separaban a él de la muerte, y obtendría los dieciocho millones de activo que él poseía.

Ella había oído bien.

Dieciocho millones.

Ella reflexionó mucho tiempo. Pasó noches dando vueltas en la cama, horas al teléfono con su hija, días yendo y viniendo en todas las direcciones de su apartamento. Reflexionó mucho tiempo aunque sabía desde el principio que le diría que sí. No reflexionó para saber si diría sí o no, reflexionó cómo justificarse a sí misma que diría que sí. Desde el momento en que él se lo había propuesto, desde el instante

en que él había pronunciado la palabra *legataria* o la palabra *heredera* o puede que la palabra *fortuna*, su corazón había dicho sí. Ya en la sala del restaurante, cuando él solamente le había dicho que tenía algo que decirle, algo importante, ella ya sabía que diría que sí.

Sin embargo, ella comenzó por decir que no, y es normal. Primeramente porque todo el mundo sabe que hay que empezar por decir que no, después porque él no habló de dinero ni de herencia, para empezar él habló de matrimonio. Pero qué cambiaría que estuvieran casados o no, qué cambiaría eso, diría él para persuadirla, él, tan solo en su casa escuchando a Beethoven y diciéndose que incluso eso, escuchar a Beethoven, no tenía ningún sentido para él si lo hacía solo, que para eso también o para eso solamente le hacía falta compañía, sí, eso es, se dijo a sí mismo en su casa, una «dama de compañía».

No fue él quien empleó esta expresión, dama de compañía, no, fue a mi padre a quien se le ocurrió esta expresión. En verdad sólo mi padre podía emplear tal expresión, por más que se ría nerviosamente de ella, de su suegra, por más que reviente de risa en la mesa, que ponga de los nervios a mi madre y le dé casi vergüenza ya que es de su madre de quien hablaba, y un poco de respeto, exigía ella, un poco de respeto, por favor. Porque Albert no hubiera utilizado nunca semejante palabra. Puede que la haya querido utilizar, puede que la haya pensado, pero es seguro que jamás la hubiese pronunciado. Él dijo solamente: «Usted me acompañará hasta la muerte, Marie-Thérèse, hasta mi último aliento. —Y añadió—: Soy viejo, usted lo sabe, esto no durará mucho tiempo. —Y acercándose hacia ella como si fuera a confiarle un secreto, susurró—: Ve, Marie-Thérèse, es algo así como un seguro vitalicio».

Ella me lo contó así, y por una vez fue capaz de reírse, de reírse en cierto modo de sí misma, porque a decir verdad el resto del tiempo reía poco, y menos aún de sí misma, y menos aún de Albert. Y ella aceptó, por supuesto, a pesar de los rumores y el riesgo del futuro, ella aceptó, precipitándose al notario para firmar los papeles oficiales, y seguramente ella intentó decirse eso delante del encorbatado notario, que ella tenía derecho a una vida mejor, que se lo había merecido, y después también, poniendo su firma en los papeles que él le tendía, que ella le amaba, que era una especie de sentimiento lo que le impulsaba a hacerlo, se repetía con el bolígrafo en la mano: «Pero yo le quiero, firmo porque le quiero», o bien: «Hago esto por mis hijos, por mis nietos, todo lo que he hecho en mi vida ha sido por ellos, por ella, por mi hija y los hijos de mi hija».

Y puede que sea verdad.

Y todo se había establecido tan rápido entre los dos cuando Albert añadió una condición, una pequeña condición pero una condición, a

pesar de todo, que, después de su muerte, mi abuela tendría que continuar empleando a su asistenta, su «ama de llaves», decía él, que se llamaba señora Kermeur.

«De alguna manera ella forma parte del apartamento—dijo Albert —, y por lo tanto de la herencia, con este título habrá que contar con ella entre la masa mobiliaria e inmobiliaria del legado, entre los muebles imperio y las sinfonías de Beethoven». Y mi abuela aceptó, por supuesto, que con el apartamento heredaría también a la señora Kermeur, que a continuación ella se convertiría en su asistenta, su ama de llaves, y sin entrever que junto con la señora Kermeur, yo lo comprendí más tarde, iba incluido Kermeur hijo.

3

Puede que llorara de dolor cuando Albert murió, puede que acabara por amarlo a fuerza de discutir, a fuerza de contemplar el mar escuchando a Beethoven. Ella, a quien toda su vida la música le fue indiferente, no teniendo en su casa más que una televisión por la que puede que, al azar de los programas de la tarde, la música ligera entrara en su salón de una manera tan fortuita como una gaviota se posaba en su balcón, se sentaría tardes enteras en una butaca Luis XV para escuchar música, en una habitación hecha expresamente para eso, para no hacer nada más que, religiosamente, con las manos cruzadas sobre el estómago y las piernas extendidas, oír resonar la quinta, la octava y la novena sinfonías de Beethoven en un equipo de alta fidelidad último modelo. Entonces puede que acabara por gustarle, comprendiendo que los años pasados juntos acompañándose, tres años exactamente sosteniéndose el uno al otro a esa edad avanzada, valían todo el oro del mundo, hasta el punto que quizá durante un instante ella hubiera rehusado la herencia y tirado en su tumba, en lugar de un puñado de tierra, los papeles que la unían al legado. Pero al final no lo hizo. No había hecho tantos esfuerzos para renunciar tan cerca del final, tan cerca de ese momento en el que sería al fin propietaria, «Ella que no tiene más que esa palabra en la boca—decía mi madre—, propietaria», repetía recolocando la diadema en su pelo entrecano, ya que mi madre llevaba eso en la cabeza, una diadema.

Si por ella hubiera sido, mi madre hubiera heredado rápidamente los dieciocho millones mutilados por los horribles derechos de sucesión, «Qué vergüenza—decía—, tasar así el fruto de una vida de trabajo», y lo decía más amargamente cuanto más lejos se sentía, ya

que al mismo tiempo, o casi, debió partir para el sur. Recuerdo haberle dicho la víspera de su partida, le dije: «Es cierto, la verdad es que es mala suerte partir ahora».

—¿Cómo que mala suerte?

—Sí, justo en el momento en el que Albert acaba de morir, justo en el momento en el que íbamos a ser millonarios.

Y yo no sé lo que le dio a mi madre, no sé que *shock* se produjo en su cerebro, pero en lugar de reír o de cambiar de conversación o de callarse, como hacía tan a menudo, en lugar de eso me dio una bofetada, una enorme bofetada más rápida que un rayo, y me quedé plantado delante de ella, con la marca de su mano en la mejilla.

Si por ti hubiera sido, mamá, seguro que te hubieras quedado en Brest, echando un ojo a la abuela como a un billete de lotería a la hora del sorteo. Si por ti hubiera sido, seguramente habrías contado otra versión de esta historia, una versión, sin duda, sin Albert, una versión, sin duda, sin mí, pero sobre todo, creo que una versión sin los Kermeur.

Mi madre nunca quiso a los Kermeur, pero menos aún desde el día en que Albert murió, es decir, desde el día en que debió dejar a la señora Kermeur sola con su madre, es decir, sola con los dieciocho millones que flotaban en las paredes, en las vitrinas, en los armarios, los dieciocho millones amargados por la distancia, por los mil doscientos kilómetros que la separaban del Finisterre y lógicamente nerviosa por todos nosotros, por su madre, por mí, por los Kermeur, que sabían muy bien que mi madre los odiaba, lo sabían muy bien. Y con razón.

—Si crees que mi madre ha olvidado—decía Kermeur hijo.

No, por supuesto. Y fue necesario que llegara el día del entierro de Albert. Estábamos allí, mi abuela, mi madre y yo, estábamos los tres y por supuesto sabíamos que la señora Kermeur debía unirse a nosotros, incluso si mi madre después ha dicho lo contrario, incluso si ella me ha dicho cien veces que yo hubiera podido advertirla, mi madre lo sabía muy bien, que ella vendría ese día al velatorio de Albert. Ya sea por mantener la conversación, o por disipar la angustia de verla entrar allí en una hora, mi madre empezó a hablar de la señora Kermeur, empezó a decirle a mi abuela que no podía conservar a esa asistenta, que nunca estaría en su casa mientras ella siguiera allí y que había que desconfiar de todo el mundo. «Cuando se tiene dinero hay que desconfiar de todo el mundo», dijo mi madre.

Y por más que mi abuela le dijera que ella respetaría la voluntad de Albert, mi madre insistía y decía: «Pero no te das cuenta, esa gente no es como nosotros, esa gente es capaz de todo». Y comenzó a elaborar el retrato de la señora Kermeur, de sus aires y de su moño demasiado limpio para una asistenta, de sus vestidos demasiado

negros para una asistenta y después habló de su hijo, de ese chaval odioso, decía, al que conocía desde hace tiempo, que ya en la escuela primaria era un niño horrible, y después la emprendió con la herencia, con toda esa fortuna a la que ella quitaría el polvo todos los días, «¿Por qué crees que hace tan bien su trabajo?», decía mi madre hacia las tres y media, cuando llamaron al timbre.

Incluso antes de haber abierto la puerta lo comprendió. Me miró con una expresión ansiosa, al mismo tiempo tragó saliva, al mismo tiempo sentí su corazón ponerse a latir, al mismo tiempo me levanté y me dirigí hacia la puerta, sin hacerme ninguna ilusión, al no tener ninguna duda sobre la identidad de quien había llamado con media hora de adelanto. Era, por supuesto, la señora Kermeur. Y no supe qué decir.

Pero mi madre sí supo, hubiera sido necesario más, mucho más para desconcertarla: «Entre—dijo—, se lo ruego, es que no la esperábamos antes de media hora, pero no pasa nada, entre», dijo delante de mí, avergonzado de ser testigo de esta escena, yo que tres minutos antes sonreía ante toda esa hiel, removiendo serenamente mi cucharilla en el café, ya que es siempre, o casi siempre, un placer oír criticar tanto a la gente que se conoce como a la que no se conoce. Y lo que ocurrió a continuación fue que la señora Kermeur tampoco se desconcertó, que si se hubiera desconcertado no habría llamado al timbre, porque, efectivamente, lo había oído todo, sus aires y la herencia codiciada, puede que llevara detrás de la puerta un cuarto de hora. Había posado para su retrato, con la diferencia de que no estaba presente, el modelo no se parecía al retrato, y que el retrato en cuestión no parecía molestarle demasiado, y entonces al llamar al timbre, al interrumpir la sesión, era como si finalmente hubiera dado un cuerpo y una cara a esa horrible persona descrita, «Se lo ruego—dijo—, continúe».

«Cómo, pero ¿continuar el qué?», dijo mi madre. Pero en lugar de irse, en lugar de dar un portazo sin decir una palabra, en lugar, incluso, de llegar a las manos con mi madre, la señora Kermeur se dirigió lentamente hacia el ataúd, se arrodilló como una plañidera y juntó las manos para ponerse a rezar. Mi madre se quedó en la entrada, de pie, sin moverse; recuerdo que intenté retomar la conversación como si no hubiera pasado nada, hablar del tiempo desapacible, no sé, no me acuerdo de los detalles, tan sólo recuerdo que mi madre y yo desaparecimos bastante rápido, y que desde entonces han evitado volver a hablarse, y que «el azar—decía Kermeur hijo—, había hecho bien las cosas, poniendo entre ellas la distancia de toda Francia».

Pero no fue eso lo que pensó mi madre, que el azar le fue, por una vez en esa época, favorable, instalada a su pesar en el lejano

Languedoc, y sin dejar de lamentarse durante las largas jornadas pasadas vendiendo postales en Palavas-les-Flots.

En el Languedoc-Rosellón que ella maldecía, a mi madre no se le ocurrió nada mejor que abrir una tienda de recuerdos en Palavas-les-Flots, que precisamente, decía, había abierto ese tipo de tienda para no ver a la gente del sur, sino a los turistas que le traían aire fresco. Pero eso también fue un problema, ya que abrió una tienda para turistas en un sitio donde no había turistas.

No es que no haya turistas en el Languedoc-Rosellón, no digo eso, ni siquiera digo que no debiera haber turistas en el Languedoc-Rosellón, tan sólo digo que en el lugar en el que mi madre abrió su tienda para turistas no había turistas de paso. Por no haber invertido en la arteria principal de la ciudad, sino en una calle adyacente, y por lo tanto una calle desierta, mi madre no vio a nadie durante tres años. Por más que mi madre sacara cada día sus expositores de postales y su *stock* de mecheros grabados con la imagen de Palavas-les-Flots, no vio a nadie. Sólo cuando un alemán o un holandés se extraviaba, ella le veía pasar por delante de la tienda, pero, como estaba preocupado por reencontrar la arteria principal, se paraba en su tienda no para comprar un *souvenir*, aunque alguna vez ocurriera, sino para preguntar el camino.

Después de tres años de actividad deficitaria, mi madre se declaró en quiebra y volvió a embalar sus tres mil doscientas postales de toros de la Camarga y sus doscientos cuarenta y ocho mecheros grabados con la imagen de Palavas-les-Flots y la *P* de Palavas dibujando un parasol.

Debo decir que siempre he sospechado que mi madre compró adrede los restos de un almacén que no valían para nada y que hizo grabar adrede los mecheros que no vendería para reforzar su odio al Languedoc-Rosellón, esperando solamente la ocasión de volver a Bretaña, esperando que pasara el tiempo para volver a su tierra natal, de donde habían sido expulsados, decía, expulsados por la mentira y la calumnia, no tenía miedo de decirlo, por culpa de los problemas de mi padre, de los graves problemas de mi padre que va a ser necesario que yo evoque.

Si luego mis padres pudieron poner fin a su largo exilio, si luego, efectivamente, volvieron a instalarse en el Finisterre, fue sólo porque intervino la Providencia, si se puede llamar Providencia a la sucesión de acontecimientos por los cuales mis padres consiguieron volver indultados al Finisterre, después de tantos años lejos de aquí, al fin volver a su tierra natal, con la condición, sin embargo, de que mi padre no volviera a poner sus pies en la ciudad, por culpa precisamente de los viejos problemas que había tenido y que podían resurgir en cualquier momento, es decir, que la ciudad entera estaba

siempre dispuesta a echárselos en cara.

Aún hoy, si por un casual mi padre se pasea al descubierto por las calles de Brest, todo el mundo le reconoce. Todo el mundo reconoce al antiguo vicepresidente del equipo de Brest, ya que mi padre fue durante mucho tiempo vicepresidente del gran equipo de Brest, en la época en que el Brest estaba en primera división, en la época en que el Brest era un gran equipo, antes de convertirse en un equipo pequeño por culpa de un agujero de catorce millones en la caja.

4

Nunca supe realmente si mi padre se había aprovechado de los catorce millones que faltaban en la caja a su partida, nunca supe si de verdad los había cogido o solamente tomado prestados o si de alguna manera había pagado el pato por los otros, por el presidente del club y el entrenador, el hecho es que finamente le acusaron a él personalmente del enorme agujero en la caja, de los catorce millones que habían desaparecido lentamente de las arcas del Brest y por los cuales tuvo problemas, grandes problemas con la justicia. Era entre otras cosas por eso por lo que, incluso años después, siempre existía el riesgo de que, entre las personas que le reconocían, hubiera quien le insultara.

Entre la gente que le reconocía, por supuesto, había muchos nostálgicos de la gran época, de cuando Juan Cesar marcaba goles en todos los partidos, de cuando casi juegan la Copa de Europa, casi porque el Brest nunca jugó en su historia el más mínimo partido de la Copa de Europa, pero faltó un pelo y sobre todo falló la metedura de pata del portero contra el Nantes en el último partido de la temporada, una metedura de pata enorme que nos costó la Copa de Europa. Estaban los nostálgicos que recordaban a mi padre esa gran época y que por supuesto continuaban asociándolo a esa gran época, y después estaban también los otros, los que blasfemaban y blasfemaban por los problemas de dinero y que pasaban a su lado bajando la cabeza y murmurando, cinco años más tarde, al llegar a su altura, murmuraban «Ladrón» o «Bandido» o «Timador», y mi padre hacía como si no hubiera oído, como siempre ha fingido no entender nada en materia de dinero y de justicia.

Incluso en el tribunal hizo como si no entendiera nada, como si fuera un vasto complot contra él, que todo se había tramado a sus espaldas, incluidos los catorce millones evaporados, incluido el pasaporte falso de Juan Cesar. Sí, mi padre hizo un pasaporte falso al brasileño Juan Cesar para que pudiera jugar en Francia. Y eso fue lo

que desencadenó toda la historia. Eso fue lo que atrajo la cólera de las federaciones, por culpa de los celos que tenían de que una pequeña ciudad como Brest hubiera descubierto un jugador del talento de Juan Cesar.

No es que no se intentara adular al tribunal con el nombre de Juan Cesar, que el abogado procuró por todas las maneras hacer comprender al juez su excepcional talento y toda la felicidad que este muchacho había aportado a una ciudad tan herida, tan lastimada como Brest, que todo eso comparado con un pasaporte falso era cien veces más importante y que a su manera mi padre había ayudado a la felicidad de esta ciudad, en el mismo momento en el que el arsenal despedía sin contemplaciones, en el momento en el que el puerto comercial quebraba por las deudas, a pesar de todo, un fulgor de esperanza había brillado en los ojos de los habitantes de Brest gracias a Juan Cesar y por lo tanto gracias a mi padre. Pero no tuvo efecto. Al tribunal nunca le gustó el fútbol, al procurador de la República nunca le gustó el fútbol.

El procurador de la República siempre prefirió los catorce millones que «se habían ausentado», decía irónicamente, de las arcas del club. «Ausentados», repetía levantando la mano hacia el cielo, como para retomar la expresión de mi padre, que decía siempre «No me explico la ausencia de esos catorce millones», lo que hacía sonreír al procurador, a pesar de toda la amistad que sentía por mi padre.

A pesar de toda la amistad que, en especial, sentía por mi madre, aunque fuera principalmente su mujer quien fue amiga, si se puede llamar «amiga» a alguien con quien mi madre jugaba al *bridge* una vez por semana, todos los viernes por la noche exactamente, por lo que el título de amigo había sido concedido por matrimonio al procurador de la República. Por nada del mundo mi madre hubiera dejado de sentarse a la mesa de *bridge* más importante de la ciudad, con las mujeres más importantes de la ciudad, con la mujer del comisario jefe de la ciudad y la mujer, por lo tanto, del procurador de la República.

Sin embargo, incluso en cuanto supuesto amigo de mi madre, el procurador de la República no podía hacer menos, dada la situación, dados los catorce millones que faltaban en las arcas del club, «No podía hacer menos», dijo mi madre, que destituir a mi padre y animarle al exilio. Fue incluso en calidad de amigo como evocó el Languedoc-Rosellón como la región ideal para el exilio y como una de las regiones más bellas de Francia. Pero yo no llamo amigo a alguien que os dice que el Languedoc-Rosellón es una de las regiones más bellas de Francia.

Mi madre, desde hace mucho tiempo, tampoco le considera su amigo, del mismo modo que durante mucho tiempo empleó la expresión «mi amigo el procurador de la República» en cuanto tenía

ocasión, o ella provocaba la ocasión para decirlo. De pronto esa expresión pareció caer en desuso. Desde el día en que mis padres metieron las últimas cajas en el camión de mudanzas, de golpe ya no se oyó hablar más del procurador de la República.

La verdad es que ya no se oyó hablar más de la alta sociedad desde el día en que mis padres pusieron rumbo al Languedoc-Rosellón, siguiendo la costa atlántica, detrás de un pesado camión de mudanzas, leyendo fijamente durante horas, con los ojos llenos de lágrimas, las letras escritas en negro en las puertas traseras: LAS MUDANZAS BRETONAS.

Y yo me quedé allí, mofándome de lejos, ya que alguna vez yo también debí soportar en la calle las miradas insultantes, esquivar las sonrisas, digamos irónicas, y los «catorce millones» cuchicheados por Kermeur hijo, que se había especializado en la ironía contra mi padre, contra mi familia en general, por supuesto contra mí, que acompañaba a mi abuela al cementerio todas las semanas y cenaba con ella todas las noches, ella que todas las noches aún lloraba la suerte de su hija, por culpa del oprobio echado sobre ella aquí, en su ciudad natal y ahora sucia, decía: «Tu padre ha ensuciado a la familia», decía con ese ojo negro y como ulcerado que la protegía, creía, de los rumores sordos cuando cenaba en las gran sala de vidrieras del Círculo Marino, de vidrieras pero como oscurecida por su yerno y los catorce millones que circulaban al igual que el viento por toda la ciudad.

«Y yo no me merezco esto—lloraba—, es horrible», decía como si la mala suerte se hubiera cebado con ella, negándole el disfrute de su fortuna tardía y de disponer del fin de su vida, según sus palabras, «El fin de su vida», decía mi madre asegurando haberle oído siempre decirlo, que ella iba a disponer del fin de su vida.

Hay que decir que hubo una cercanía inquietante entre los problemas de mi padre y la fortuna de mi abuela, digamos, entre los dieciocho millones positivos de mi abuela y los catorce millones negativos de mi padre. Como si fueran vasos comunicantes. En ese asunto nunca he conseguido desenredar la madeja, todo quedó muy desenfocado y confuso, pero estoy seguro de que hay relaciones inconscientes, por supuesto inconscientes, entre el hacerse pobre de mis padres y el hacerse rica de mi abuela.

—Algún día tendré que desembrollar todo esto—le dije a Kermeur hijo—. Después de todo—añadí—, todo esto está en parte escrito en mi mejilla, en la marca de la mano de mi madre en mi mejilla, así que te juro que un día, un día cuando haya dejado Brest, haré hablar a mi mejilla. Un día, cuando tenga la suficiente distancia sobre todo esto—le dije de un modo totalmente sentencioso—, escribiré esta historia.

Cuando le dije esto a Kermeur hijo, me acuerdo como si fuera ayer, estaba seguro de que se quedaría mudo como hacía habitualmente,

indiferente a mis frases demasiado elevadas. En lugar de eso, lo que hizo, al mismo tiempo que encendía un cigarrillo, al mismo tiempo que expulsaba el humo de la primera bocanada, fue mirarme primero como a un animal curioso y, como si fuera a asfixiarse, se echó a reír, con una gran carcajada que mezclaba su aliento y el humo amarillento que soltaba a la vez, sí, rió sin poder parar durante largos segundos. Y mirando las estanterías con libros que recorrían las paredes, se puso serio y acabó por decir: «Pero si a todo el mundo le traen sin cuidado las historias de familia».

En cuanto a eso, no puedo decir que Kermeur hijo haya estado nunca equivocado. Incluso hoy, con toda la perspectiva que tengo sobre la situación, puedo decir como él que sí, que a todo el mundo le dan igual las historias de familia. Pero a todo el mundo le da igual todo, hubiera podido al menos responderle si la capacidad de réplica no me viniera siempre con retraso, con varios años de retraso cuando me digo que sí, es eso, exactamente eso lo que hubiera debido responderle.

Entonces puede que aquel día, más que ningún otro, comprendiera que yo también, cuando me tocara, dejaría la región para vivir en un lugar de verdad, una ciudad de verdad, como por ejemplo París, que sólo en esas condiciones yo podría vivir normalmente y puede que concentrarme con normalidad y por lo tanto escribir con regularidad, que si no me fui al sur, repetía yo incansablemente a Kermeur hijo, fue primeramente por eso, para estar en paz conmigo mismo y que sólo en estas condiciones, pacíficas, podría escribir libros, como había previsto desde los nueve años, desde que había comprendido que no sería ni futbolista, ni piloto de aviación, esas cosas que se comprenden muy claramente a los nueve años, que es mejor comprender a los nueve años porque después es demasiado tarde.

Kermeur hijo siempre creyó que no me iría. Incluso la última noche en la barra de un café en el puerto comercial, con no sé qué alcohol en nuestros vasos, incluso esa última noche cuando le había advertido que esta vez me iba, que esta vez era seguro, ya que mi madre me había advertido que iban a volver al Finisterre, que junto con mi padre tenían el proyecto de volver, incluso esa última noche ponía su mano en mi hombro y como una letanía decía que lo que había entre nosotros duraría siempre, porque los dos hacíamos un buen equipo, porque éramos amigos de verdad. Y yo en mi interior me decía que seguramente tenía razón, y que era mi problema no haber sabido nunca de quién ser amigo.

II

TRES AÑOS MÁS TARDE

1

Tomé el tren para Brest el 20 de diciembre de 2000 por la mañana, a fin de llegar a casa de mis padres para la comida, e incluso un poco antes, ya que ahora el trayecto de la estación de Montparnasse a la de Brest puede efectuarse en menos de cinco horas. Así que habiendo tomado el tren de las seis, para las once puse el pie en el andén de la estación, con mi más bien pesada maleta en la mano izquierda, y por una vez estaba decidido a pasar diez días allí, en familia, diez días y ni uno más, me había prometido a pesar de todo, principalmente para reservarme el Año Nuevo.

Pese a que habían vuelto a vivir a Bretaña, pese a que por primera vez no había tenido que tomar un tren hacia el sur de Francia, me había prometido que nunca más en mi vida empezaría el año nuevo en familia, porque siempre le he dado mucha importancia al primer día del año, con total certeza dar comienzo al año nuevo con la familia me impediría vivir serenamente los doce meses siguientes, con mayor motivo el año 2001, porque esta vez era no sólo comenzar el nuevo año en familia, sino un nuevo milenio y eso no, eso no era posible.

Recuerdo haber reflexionado más tarde sobre ello, que esta historia del nuevo milenio que empezaba había seguramente tenido una influencia nefasta en el clima eléctrico que reinó esos pocos días, menos de diez días en realidad, ya que al final no me quedé diez días. Sin embargo, había preparado una maleta con exactamente diez pares de calcetines y varios jerséis, porque mi madre me había dicho por teléfono, me había dicho como si yo fuera un extranjero que viene por primera vez a Bretaña, que más valía traer jerséis y también un abrigo para la lluvia, como si no lo supiera, como si el mundo entero no supiera que en Bretaña en diciembre podía llover e incluso hacer frío. Pero al final había escuchado los consejos de mi madre y me había

fastidiado menos llenar mi maleta, encontrarla incluso un poco pesada, ya que sabía que mi padre en persona estaría allí, en la estación, para recogerme.

Efectivamente estaba allí, mi padre, sentado detrás de los cristales tintados de su coche en el carga y descarga, él que seguramente no hubiera descendido de su coche para recibirme en el andén, menos aún para ayudarme a llevar mi maleta, que de todas maneras me habría negado a que la llevara, por lo que había dentro, que la hacía demasiado preciosa para ser puesta en las manos de cualquiera, incluso de mi propio padre, sobre todo de mi propio padre.

Por lo tanto, ese año volví a Brest, al lado de Brest exactamente, a la costa salvaje en realidad, allí donde se puede uno encontrar en la duna mirando las gaviotas y el mar, que estaba aquel día más bien tranquilo. Estaba aquel día tan tranquilo, que desde la carretera se podía ver la isla de Ouessant llevando la contraria al horizonte y también a mi padre, que la única frase que me había dicho desde que habíamos dejado la estación y me había subido a su lado en el gran Renault, fue: «Esta mañana la costa está brumosa». Ahora bien, aquella mañana no estaba para nada brumoso en la costa cuando el mar surgió ante nosotros, cuando pareció por un instante que la carretera caía en el agua azul, porque entretanto la bruma se había levantado como a menudo se levanta, muy rápido en esta región.

La bruma, en ese momento, no era más que los Gitanes sin filtro que mi padre encendía uno tras otro en medio de algunas frases ausentes, incluso muy ausentes, porque creo que en todo el trayecto no nos hablamos, nos habíamos vuelto aún más silenciosos por el mar adormecido cuya costa recorríamos ahora por la única carretera trazada que surcaba la duna, donde cada roca erguida en la superficie del agua parecía una tranquila estela funeraria en memoria del viento. Pero apenas miraba el mar, atento solamente al instante en el que se vería esa casa de la que mi madre me había hablado cien veces por teléfono, «No te puedes confundir—decía—, verás que bonita es». Y en el cielo impecable, como puesta adrede sobre un promontorio, pronto podríamos ver perfilarse en el horizonte de la carretera la soledad de la casa, exactamente como la imaginaba, como una roca que el mar hubiera lanzado un día enfadado en una marea alta del equinoccio, vieja mezcla de granito y pizarra en la que cada marea demasiado alta y cada ráfaga de viento demasiado fuerte venían a refrescar una vez más la vieja hiedra de la fachada orgullosa, erigida como un desafío burgués al mar milenario. Fui yo quien bajó para abrir los batientes de la verja, y mi padre aparcó el coche a los pies de las hortensias y de la casa familiar, la que sería conveniente llamar casa familiar, si no hubiera en esa palabra algo demasiado sólido y demasiado cargado de historia.

Era, digamos, la nueva casa que mis padres habían al fin comprado con una parte de la herencia de mi abuela, y en ese sentido se puede decir que la casa estaba cargada de historia, que el dinero que sirvió para comprarla también estaba cargado de historia, que el dinero en general está cargado de historia, pero digamos que todo dinero que ha pasado por las manos de mis padres lo está aún más. Dondequiera que mis padres se han instalado, en cualquier parte donde han ganado dinero, inmediatamente ese lugar se ha cargado de historia.

Por lo tanto, mis padres habían vuelto a vivir allí, no a Brest, sino a la costa, a su patria, decían, de modo que en el instante en que abrí la puerta del coche para hollar la tierra del jardín, aunque forzosamente el aire mismo estaba cargado de todos los problemas de mi padre, aunque el azul del cielo era como una engañifa sobre nuestras cabezas, la única cosa que parecía contar, lo que parecía un acontecimiento, era mi llegada excepcional a ese lugar, a la sombra de las piedras, delante de la vieja fachada y la arrogancia de las vidrieras.

Hacía casi tres años que habían vuelto a instalarse en Bretaña y era la primera vez que yo venía a verles, en ese sentido era un acontecimiento. Por eso estaban allí, detrás de la ventana del salón, mirándome como a un animal curioso, mi hermano y mi madre, los dos como peces en un acuario, con el árbol de Navidad que parpadeaba intermitentemente detrás de ellos como en una película sueca. Los dos, con su cabeza de pez nórdico, me miraron disputar con mi padre por sacar la maleta del maletero y cómo me las apañé para manejarla con toda precaución. En ese instante pensé que llevaba como una bomba conmigo, que en mi maleta había una bomba que podía explotar de un momento a otro.

Seguramente la primera cosa que habría venido a la cabeza de mi padre, si por un casual hubiera echado la mano para ayudarme a sacar la maleta del maletero de su gran Renault, y que forzosamente yo hubiera rechazado, seguramente la primera idea, teniendo en cuenta el periodo del año, hubiera sido que en mi maleta había un regalo para él, un regalo frágil para él y que por esa razón yo habría rechazado que él la levantara.

Pero estoy obligado a decir que no es exactamente eso lo que había en la maleta, estoy obligado a decir que no era verdaderamente un regalo para mi padre ni para ningún miembro de mi familia, no, lo que había en mi maleta, sepultado bajo los calcetines y los jerséis, era solamente ciento setenta y cinco páginas escritas por mí, ciento setenta y cinco páginas que había escrito en los últimos dos años y que contaban, al detalle, la historia de mi familia.

Sí, acabé por hacer eso, vaciar el gran saco familiar en ciento setenta y cinco páginas que por nada en el mundo hubiera dejado en París, abandonadas en mi escritorio, a merced de incendios, ladrones e

inundaciones, a merced de las intemperies parisinas. Entonces, sin reflexionar, incluso antes de meter los jerséis y los calcetines, metí las ciento setenta y cinco páginas en el fondo de la maleta. Y puedo decir que para nada era un regalo para mi padre, y menos aún para mi madre, porque nunca es un regalo para nadie contar la historia de su familia. De todas maneras, mi historia familiar no interesaba a nadie, y mi historia familiar nunca se convirtió en un libro, por todas las razones que seguramente tendré ocasión de explicar; era sólo un manuscrito que yo había cuidadosamente guardado en mi maleta, y que ahora por primera vez iba a introducir en casa. Pensé: «Son como las muñecas rusas, ahora en la casa familiar hay una historia de la casa familiar».

Y todo el mundo estaba curiosamente amable conmigo, todo estaba tranquilo como el mar no lo está nunca en esta época y puede que por eso hubiera debido desconfiar, por la dulzura inusual que reinaba en esa casa, por las preguntas inocentes que mi madre me haría, y especialmente por las preguntas relacionadas con lo que hacía en París, con la idea que había tenido de ir a vivir a París—«Capricho más que idea», pensaba seguramente mi madre, convencida de que se me pasaría, que pronto volvería a vivir con ellos en la gran y nueva casa familiar.

Pero incluso si hubiera fracasado en todo, incluso si París se hubiera convertido en la ciudad hostil por excelencia, nunca hubiera regresado allí, a la costa salvaje, a vivir con mis padres, y no hubiera regresado ya que París no se había convertido en la ciudad hostil por excelencia, sino más bien en una ciudad hospitalaria, la ciudad del exilio positivo.

Desde el día en que puse el pie en el suelo de la estación de Montparnasse, desde el día en que visité mi futura habitación parisina, en cuanto me asomé a la ventana para respirar el aire de París, en cuanto contemplé la vista al jardín de Luxemburgo, en mi interior algo había elegido ya París como futuro. Desde que vi las vistas al jardín de Luxemburgo, con los niños que empujan sus barcos de vela en el estanque, supe en seguida que tomaría esa habitación para mucho tiempo.

Mi madre nunca comprendió por qué me había dado por irme a vivir a París y especialmente por irme en el preciso momento en el que ellos, mis padres, volvían a vivir a Bretaña, es decir, según sus propias palabras, en el momento en que ellos cerraban el paréntesis de su exilio en el sur de Francia, donde habían estado, a pesar de todo, cuatro años, cuatro años vendiendo postales en Palavas-les-Flots.

«Así te niegas a cerrar el paréntesis—decían los ojos de mi madre aquel 20 de diciembre—, pero un día tendrás que rendirte a la evidencia—seguían diciendo los ojos de mi madre—, tendrás que

cerrar el paréntesis y entonces—sugería interiormente—, tendrás que volver». Durante diez años esperará todavía ese día en que volveré a vivir con ellos. Pero ese día no llegará nunca, mamá, nunca, ¿me oyes?

Y no sería ahora, ahora que me había librado cuidadosamente de mis basuras familiares en mi escritorio parisino, ahora que había emborronado ciento setenta y cinco páginas sobre mi familia entera, no sería ahora cuando cediera. Al contrario, por haber acabado con esta historia pensé que este año, sí, excepcionalmente pensé que sería posible pasar la Navidad en familia, que sólo ahora, habiendo acabado lo que había terminado por llamar «mi novela familiar», podía tomar el tren en esa dirección, de París a Brest, como si a nadie le hubiera pasado nada, como si mis padres no se hubieran nunca exiliado en el sur de Francia, como si yo no hubiera tomado nunca un tren de Brest a París tres años antes, como si siempre hubiéramos vivido allí, en esa casa familiar, con mi hermano y mi madre parpadeando delante del árbol de Navidad eléctrico, con la nieve en espray en los cristales de las ventanas, con mi madre tan extrañamente amable y mi padre sentado todo el santo día.

2

Ese 20 de diciembre, incluso habían hecho bajar a mi abuela de su habitación. Medí la importancia de mi llegada por ese detalle, que excepcionalmente habían ayudado a mi abuela a bajar, cuando sabía muy bien que desde hacía dos años no la bajaban más que en las grandes ocasiones, que el resto del tiempo ella vivía allí, en el segundo piso, en el desván acondicionado expresamente para ella, de donde estaban seguros que nunca escaparía. Que nunca se escaparía de ellos, debería decir, porque estaba entre sus grandes temores que mi abuela se marchara por las buenas, de lo que era perfectamente capaz a pesar de su avanzada edad, ya que conservaba la suficiente lucidez como para querer todavía marcharse, incluso si entonces estaba débil y probablemente cansada de esta nueva vida, este nuevo fin de su vida, debería decir.

Después de todo, fue con su dinero con el que compraron esta casa, esta casa por encima de sus posibilidades, pero sin problema para las de ella, ya que habían hecho suyo por poderes el dinero de la abuela. Gracias a su dinero habían podido volver a Bretaña con la cabeza casi alta, y retomar, sobre todo mi madre, el control de la situación familiar.

Se puede decir que mi madre tenía controlada la situación familiar desde hacía mucho tiempo, pero mucho más desde que habían vuelto a instalarse allí, desde que había acondicionado el desván para su madre, desde que había conseguido, cómo decirlo, invertir los papeles: además, parecía que era mi abuela la que vivía a sus expensas, mientras que era absolutamente lo contrario. Pero mi madre le daba la vuelta tan bien a las cosas que todo el mundo parecía compadecerse de esta situación, por la cual mi madre estaba al borde del sacrificio por su propia madre.

Incluso mi padre, sobre todo mi padre, se las había apañado para no comprender la situación, con tal de poder ponerse al volante de su nuevo gran coche que mi madre le había pagado con el dinero de mi abuela, ese coche nuevo con el que había venido a buscarme a la estación, escondido detrás de los cristales tintados, ya que había insistido en el concesionario en que sólo compraría el coche con la condición de que tuviera cristales tintados, y todo por el miedo a que le reconocieran, a que en cualquier semáforo en rojo un tipo bajara y le insultara y le hablara de los catorce millones volatilizados, incluso del pasaporte de Juan Cesar, el pobre Juan Cesar, que, seguramente, se pudría en una cárcel brasileña.

Nunca más oí hablar de Juan Cesar; durante años había ocupado a diario las conversaciones, y de golpe había desaparecido del cerebro familiar. Sin embargo gracias a Juan Cesar, me acuerdo muy bien, el Brest ganó al gran equipo Saint-Étienne, ese en el que Michel Platini jugaba aún antes de irse a la Juventus de Turín, ese mismo día en que Michel Platini había firmado un autógrafo en mi balón de fútbol, cuando yo jugaba aún al fútbol en el equipo alevín. En aquella época se les llamaba alevines. Había seis equipos de alevines: los A, los B, los C, los D, los E y finalmente los F. Yo jugaba en el equipo F.

Me hizo falta mucho tiempo para comprender que el orden decreciente de las letras se correspondía con el nivel de juego que los entrenadores habían evaluado, lo que quería decir que yo estaba en el peor equipo de mi generación y que no tenía ninguna oportunidad de llegar a ser futbolista profesional, como siempre había deseado, digamos, hasta los nueve años, hasta el día en que volví del fútbol llorando porque me habían explicado la diferencia entre el equipo A y el equipo F, que por lo tanto no era el azar quien me había puesto en el equipo F, sino que no estaba dotado, me acuerdo muy bien, es la palabra que empleó el entrenador del equipo, dijo: «Siento mucho decírtelo, pero no estás dotado para el fútbol», me acuerdo como si fuera ayer, de su cabeza de entrenador de fútbol, de su voz de entrenador de fútbol, llamando a la puerta de mis padres para decírselo a mi madre, que era mejor que no me hiciera ilusiones con el fútbol.

La verdad es que desde hacía mucho tiempo mi madre ya había decidido que yo no sería futbolista, digamos que yo no era deportista en general, sino más bien un intelectual, porque el mundo para ella se había dividido siempre en dos categorías muy simples, los trabajadores manuales, por un lado, y los intelectuales por el otro, y que yo siempre había sido eso, un intelectual, por la simple razón de que yo leía libros al irme a dormir, mientras que mi hermano había sido siempre considerado como un trabajador manual, por un lado, porque nunca leía al irse a dormir, por otro, porque jugaba en el equipo A y tenía por lo tanto todas las posibilidades de llegar a ser futbolista profesional, como ocurrió más tarde. Mi hermano, sí, el que parpadeaba detrás de la ventana al ritmo del árbol de Navidad eléctrico, ese mismo hermano llegó a ser futbolista profesional, aunque, por supuesto, llegó a ser futbolista profesional en el sur de Francia. Yo sé que mi hermano hubiera preferido hacer su carrera en el equipo de Brest, pero por culpa de los problemas de mi padre, por supuesto, la cuestión ni se había planteado.

La única cuestión que se había planteado era que mi hermano dejara inmediatamente el fútbol, como lo hubiera querido mi madre desde el mismo día en que nuestro apellido fue citado en el escándalo financiero del estadio de Brest. Desde el momento en que mi padre estuvo asociado a ese escándalo, desde que la fotografía de mi padre apareció en la primera página de *Le Télégramme de Brest*, con el siguiente titular escrito en grandes letras: «¿Adónde han ido a parar los millones?», mi madre llevó aparte a mi hermano y le dijo solemnemente que era necesario que dejara el fútbol, que nunca podría llegar a ser un futbolista profesional con su apellido, con la vergüenza que a partir de ahora iría asociada a ese apellido, no lo dijo, pero lo dio a entender con su silencio, con la solemnidad con la que había llevado aparte a mi hermano. Pero mi hermano se resistió. Mientras jugara en el equipo A, juró, no dejaría el fútbol, «Aunque tenga que jugar en el Languedoc-Rosellón», rió en las narices de mi madre. Yo sé que a mi hermano siempre le afectó mucho no haber llevado nunca los colores del estadio de Brest, aunque es algo que prefiere que no salga en las conversaciones familiares, ni eso ni muchas otras cosas que me confió en secreto. La verdad es que nuestra hermandad se construyó con eso, con cosas que otros no sabrían nunca. Y continuaba todavía, en la medida en que ya no éramos los mismos, en la medida en que, poco a poco, pasábamos la línea de sombra de la infancia. Entonces ese 20 de diciembre, cuando entré allí, en esa casa, algo en nosotros en seguida recuperó la infancia y la guerra contra todos, porque había quehacer.

Sí, había quehacer, pensé al ver en lo alto de la escalera a mi abuela, del brazo de mi hermano, que le ayudaba a bajar, y comprendí

al mismo tiempo que ella también, a su manera, había capitulado desde hacía mucho tiempo. Sin duda no interiormente, es seguro que su cabeza continuaba hormigueando y pensando con lucidez, sino, digamos, exteriormente, emparedada bajo su maquillaje y el casi silencio, exteriormente había como un gran vacío desde que estaba encerrada en su habitación, en el segundo piso de la casa, y ni siquiera sé si se puede llamar «su casa» a ese desván acondicionado expresamente para ella, del cual había bajado excepcionalmente el día de mi llegada, en honor al hijo pródigo, ironizaba mi hermano.

Apenas franqueé el umbral de la puerta, ese 20 de diciembre, la maleta a mis pies en la entrada, apenas besé a mi madre, la primera persona a la que verdaderamente vi fue a ella, a mi abuela. Recuerdo lo que dijo delante de todo el mundo al verme, dijo: «Mi nieto preferido». Pero cuando exclamó «Mi nieto preferido», fue necesario que yo bajara un poco los ojos, en parte por mi hermano, que me miraba celosamente, en parte por culpa de las ciento setenta y cinco páginas, en las que tampoco ella se libraba, en las que ella no era «mi abuela preferida», porque había decidido que nadie se iba a librar, teniendo en cuenta el espíritu común de esta familia y teniendo en cuenta que se trataba de una novela, y que por ese apelativo de novela había sido necesario que forzara un poco los rasgos.

Había sido necesario que hiciera algunos acontecimientos más atractivos, digamos, más dramáticos que en la realidad, y por eso en mi novela familiar, en lo que había acabado por llamar mi novela familiar, había sido necesario, para empezar, que mi abuela estuviera muerta.

3

Una novela familiar sin entierro, pensé al escribirla, no es una verdadera novela familiar. Así que fue necesario que hubiera un entierro en su cementerio, en el cementerio por el que me había paseado tardes enteras con ella. La verdad es que mi novela comenzaba exactamente en ese punto, con la muerte de mi abuela y más concretamente aún con su entierro, en el momento en que el cortejo fúnebre avanza despacio por la avenida y todo el mundo camina con la cabeza gacha antes de hacer que descienda el ataúd en su fosa, bajo el sol y con un pesado silencio, sobre todo bajo el sol de ese día que contrastaba con el mármol negro. Y el cortejo mudo había entrado en la avenida del cementerio, pasando delante de cada tumba como por delante de las estanterías de una biblioteca, avanzando

entre las piedras clausuradas y tranquilas, donde sólo el crujido de los zapatos en la gravilla resonaba en el aire seco, excepcionalmente seco para ese día de invierno.

Y ahora cuando la veía frente a mí, bien viva en la casa, veía su cuerpo tumbado en el ataúd y a mi madre con sus gafas negras echando el primer puñado de tierra en la fosa, y el silencio que había seguido, el silencio infernal, en el panteón familiar, el mismo que ella había cuidado durante toda su vida, tan bien cuidado y como si lo hubiera preparado para ese día mortuorio, el panteón al que yo le había visto cien veces limpiar el suelo de malas hierbas alrededor de las piedras sepulcrales. Así que es en ese cementerio en el que, sin dudar y ni siquiera reflexionar, yo había descrito el entierro prematuro de mi abuela, eso y el silencio, eso y la ausencia de lágrimas, porque nadie lloró en ese entierro de mi abuela.

Tampoco nadie lloró en el verdadero entierro de mi abuela, que tuvo lugar más tarde, el año pasado exactamente, varios años después de aquella famosa Navidad de 2000, nadie lloró más que en el otro entierro, pero, al fin y al cabo, fue algo más banal: un entierro normal bajo una lluvia fina, un día de abril, con un sermón corriente del sacerdote, mientras que en mi novela familiar no, sólo estaban los más cercanos posando hieráticos delante de la tumba, vestidos todos de negro, y el sol creaba contraluces tan negros y brillantes por la luz, que las piedras sepulcrales semejaban escaleras que despejaban a los muertos una vista que parecía prevista por Dios mismo.

Así es como comenzaba realmente esta historia, de esta manera enigmática y, por supuesto, de esta manera novelesca, con el entierro de mi abuela, donde se presentía que iban a ocurrir cosas violentas y tensas, cosas, digamos, góticas, porque lo que yo también quería era que fuera como una novela inglesa del siglo XIX, algo como *Cumbres borrascosas*. Por un lado, yo quería hacer una novela familiar a la francesa, por otro lado, quería hacer una novela a la inglesa, y encima que todo tuviera lugar en Bretaña, y peor aún que en Bretaña, al norte del Finisterre, es decir, en la parte más hostil, la más salvaje y la más rocosa de Bretaña, así que era todavía más normal dar a todo esto un toque, digamos, irlandés, un toque Cornualles con pájaros negros y piedras cansadas. Y porque ellos se lo han buscado. Mis padres se lo han buscado comprando esta casa con vistas al mar y batida por los vientos, esta casa que habían elegido inconscientemente por su aspecto gótico, por sus gaviotas de risa tenebrosa y sus cuervos malévolos.

Sea dicho, repetía mi padre, habían elegido esta casa para no ver otra cosa que agua, agua y viento, pero el viento es evidentemente una elección gótica, especialmente allí, al norte del Finisterre, ese mismo viento que viene de tan lejos, se forma tan lejos mar adentro, y

viene como un pájaro marino que hubiera recorrido millas y millas sin un solo obstáculo, sin nada que se oponga a su fuerza antes de venir a chocar con el primer obstáculo tras el océano, es decir, contra los muros de piedra de la casa familiar, llegando ciegamente a estrellarse y a hacer vibrar las ventanas.

Incluso algunas veces mi padre se ponía en la ventana, y cuando el viento soplaba fuerte se echaba a reír como un loco y el viento llevaba su risa por toda la casa y la hacía resonar por las escaleras. Ése era el toque inglés de mi familia. Pero por otra parte era una familia francesa, con historias a la francesa, historias de dinero y de herencia francesas, a causa de la fortuna de Albert, a causa de mi madre, a causa también de los Kermeur, de la señora Kermeur, por un lado, y de su hijo, por otro, por más que mi madre quisiera apartarlos como en una versión expurgada de la historia. Pero no se aparta a Kermeur hijo así como así.

Así que en mi novela familiar, en el entierro de mi abuela, cuando mi madre tiró el primer puñado de tierra sobre el ébano, en el momento mismo en el que la tierra golpeó la madera del ataúd, en ese instante preciso y sombrío y solemne, oímos detrás de nosotros el crujido de una silueta sobre la gravilla, todos oímos que alguien llegaba detrás de nosotros, alguien que no hubiera debido estar allí. Y mi madre como por un movimiento reflejo se volvió y vio, manteniéndose de pie como surgido de la nada, vio detrás de todos nosotros, a Kermeur hijo, sí, ella vio su ojo negro y su áspera silueta. Y mi madre tuvo miedo, sí, mucho miedo, porque Kermeur hijo, ese día en mi novela familiar, venía a ajustar viejas cuentas.

Es cierto que hay muchas cosas, en relación con Kermeur hijo, que no he dicho, algunas cosas también me conciernen y conciernen a mi madre, en ese triángulo entre Kermeur hijo, mi madre y yo está todo el meollo de esta historia. Y es cierto que hay cosas de las que tendré que hablar ya que son cosas importantes en la continuación de esta historia, cosas que la verdad es que mi madre ha intentado dejar a un lado y que de algún modo ha conseguido dejar a un lado, como en una versión expurgada de la historia, pero yo estoy obligado a volver a hablar de ellas, estoy obligado a volver a poner a Kermeur hijo en el centro del tablero. En mi versión de los hechos, que no es una versión compartida por todos y, por todas las razones que tendré la ocasión de explicar, mucho menos por mi madre, Kermeur hijo ocupa un lugar destacado. Incluso es el detonante de toda la historia. Por eso, en mi novela familiar, Kermeur hijo aparecía desde las primeras páginas de manera amenazante e inesperada el mismo día del entierro de mi abuela, porque es así como podía lanzar toda la intriga y explicar, entre otras cosas, quién era Kermeur hijo y quién era mi madre y quién era mi abuela durante ciento setenta y cinco páginas, porque

todo el suspense se basaba en el inicio, es decir que nos preguntábamos todo el tiempo: pero ¿quién es Kermeur hijo? Y ¿qué ha venido a hacer aquí?

III

KERMEUR HIJO

1

Kermeur hijo y yo íbamos juntos a la escuela. Por eso nos conocíamos de mucho tiempo atrás, quiero decir, de mucho antes de que la señora Kermeur se convirtiera en la asistenta de mi abuela. Kermeur hijo era mayor que yo, pero había repetido curso muy pronto y por lo tanto nos encontramos muy pronto en la misma clase. «Yo repetí—decía—, porque era un inadaptado al sistema escolar». Y estaba orgulloso de repetirlo, «inadaptado». «Siempre en guardia en la reserva de la inadaptación», decía. Era su gran frase, digamos, una de sus grandes frases.

—Si me hubieran dicho que un día nos volveríamos a encontrar después de tanto tiempo—decía Kermeur hijo—, y en condiciones tan improbables…

Y era cierto, era improbable que nuestros caminos se volvieran a cruzar. Pero ocurrió. Ocurrió el día exacto de mi mudanza a casa de mi abuela, ese día en que no había visto a Kermeur hijo desde hacía cinco años, apenas mi madre aparcó la camioneta sobre la acera y, con cajas en los brazos, apenas comenzaba a desembalar todo, una silueta apareció por la esquina de la calle y la reconocí en seguida. Mi madre no, pero yo, a pesar de los años, supe en seguida que era él y supe en seguida que iba a darme una palmada en el hombro. Kermeur hijo es del tipo de los que dan una palmada en el hombro a alguien a quien no han visto desde hace cinco años.

—¡Cómo, ¿tú aquí?!—dijo dándome una palmada en el hombro.

—Eh, sí—dije—, ya ves, me estoy instalando.

—Ahí, ¿en la planta baja?

—Sí—dije—, mi abuela vive encima, así que, como mis padres se van de la región, me vengo a vivir aquí, debajo de la casa de mi

abuela.

—Ah, sí—dijo bastante alto—, ¿es por culpa de tu padre?

Y yo dije muy bajito, «Sí, es por culpa de mi padre».

—Pero ¿quién es?—dijo mi madre discretamente, al pasar por detrás de mí.

—Pero mamá, si es el hijo de la señora Kermeur.

Y ella dirigió sus pasos hacia la camioneta sin saludarle, porque ella odiaba a Kermeur hijo desde que habíamos estado juntos en el colegio, y más aún desde el episodio del supermercado. Una vez más es necesario que cuente el episodio del supermercado, por más que disguste a mi madre, estoy obligado a contarlo, por como siguieron los hechos.

Así pues, íbamos a la misma escuela, Kermeur y yo, y todas las tardes mi madre venía a buscarme a la salida del colegio, todas las tardes excepto la del viernes, porque el viernes mi madre iba a jugar al *bridge* con las señoras importantes de la ciudad, y por culpa de su *bridge* no podía venir a buscarme, por lo tanto yo tenía que volver a casa a pie. Por lo tanto el viernes, el destino, o digamos el azar geográfico quería que Kermeur hijo y yo hiciéramos un trozo del camino juntos. Y seguramente fue el mismo azar geográfico el que quiso que alguna vez pasáramos delante del supermercado para comprar una tableta de chocolate. Por lo visto aquel día teníamos especialmente ganas de una tableta de chocolate, pero no teníamos dinero. Fue entonces cuando Kermeur hijo tuvo la mala idea de que nos las apañaríamos a pesar de todo, lo que quería decir que comeríamos chocolate sin tener dinero, lo que quería decir que lo robaríamos. Evidentemente, era mi primera vez, no para Kermeur hijo, pero para mí sí.

Me acuerdo, cómo miraba para todos lados por culpa de la sensación extraña de que toda la ciudad nos estaba observando, así que cuando entré en el supermercado, cuando las puertas automáticas se abrieron, estaba escrito en mi cara que la cosa iba a acabar mal. Así que seguí a Kermeur hijo hasta la sección de los chocolates, con la firme intención de robar yo también una tableta de chocolate. Y cuando ya no hubo nadie a nuestro alrededor, cuando comprobamos que en los pasillos no había nadie, comenzamos a meternos las tabletas entre la ropa. Kermeur hijo reía y me decía «Venga, coge más», cuando ya había metido mis dos tabletas en la cintura de mi pantalón y él por lo menos el doble, y tres en el bolsillo de mi abrigo, y él también al menos el doble. Y yo incluso conseguía sonreír mientras lo hacía.

Estábamos exactamente en ese punto cuando vi a Kermeur hijo volver la cabeza de golpe, un poco como hacen las gaviotas, muy rápido, y vi hacia donde miraba y entonces por reflejo miré también, y

de pronto vi una especie de gran sombra negra que se aproximaba suavemente y ya estaba sobre nosotros.

Seguramente que en realidad se aproximaba muy rápido, pero en mi cabeza lo hacía suavemente, porque en mi cabeza a partir de entonces todo ocurrió al ralentí. Al ralentí el guardia de seguridad puso la mano en mi hombro, al ralentí dijo: «¿Quieres que te ayude, pequeño?». Al mismo tiempo que me levantaba por la capucha del abrigo, al mismo tiempo que empezaba ya a temblar, recuerdo que tuve tiempo de decirme que era un mal sueño, que iba a despertarme y que este señor era demasiado grande y demasiado bestia para existir realmente y que yo en realidad nunca había entrado en ese supermercado y que el hombre no estaba levantándome como a un saco de cemento.

Pero sí. Y todo a mi alrededor se puso a girar, la luz lánguida de los neones, la suavidad metálica de las estanterías y la sombra negra del guardia de seguridad en mis ojos, nada se parecía ya a como era en realidad, y yo sólo me oía gritar, decirle que me dejara, «Pero déjeme», dije.

Me pregunto qué es lo que vivimos en la vida normal, porque no tiene nada que ver con esos momentos, los momentos en la vida en los que ocurre algo de verdad, en los que el mundo calla de golpe, o incluso en el interior de uno mismo todo se detiene, el tiempo se detiene, el pensamiento, los nervios, y todo está cerrado, apagado, como si fuera falso, sí, como si fuera falso cuando en realidad es lo único cierto.

Pedí socorro varias veces esperando que Kermeur hijo acudiera a ayudarme y fue en ese momento cuando vi, vi que Kermeur hijo ya no estaba allí, que había echado a volar como una gaviota, porque, con mayor rapidez que yo, había visto venir hacia nosotros al guardia de seguridad. Y para cuando el guardia de seguridad dijo con esa especie de voz cavernosa «¿Te puedo ayudar, pequeño?», para cuando dijo eso, en el tiempo en que me volví hacia él, hacia el guardia de seguridad, y después hacia Kermeur hijo para preguntarle qué hacíamos, una fracción de segundo, y él había desparecido.

Y entonces vi como un túnel delante de mí, sentí mis pies que se arrastraban por el embaldosado de la tienda, con mi cuerpo arrastrado por el guardia de seguridad, que medio me estrangulaba a fuerza de tirar, como si llevara la correa de un perro. «Pequeño idiota», oí, sin que supiera si me hablaba a mí o si ya echaba pestes por haber dejado escapar a Kermeur hijo.

Kermeur hijo me dijo después que en toda su vida nunca había corrido tan rápido ni durante tanto tiempo. Me dijo que, a la velocidad a la que se había puesto a correr hasta el otro extremo de la ciudad, a esa velocidad seguramente hubiera ganado el *crossdel*

colegio, cuando en realidad en el *cross* del colegio él llegaba siempre el último. Por esa razón, generalmente, yo, en el *cross* del colegio, llegaba también de los últimos, porque nos parábamos a fumar un cigarrillo detrás de los matorrales y yo me ponía de nuevo a correr antes que él para no despertar sospechas.

Mi madre se preguntaba siempre por qué yo era de los últimos, cuando ella hubiera querido, evidentemente, que llegara entre los primeros. Incluso por cosas como ésta acababa avergonzándose de mí, hasta tal punto que los días que había *cross* en el colegio yo sabía de antemano que no me dirigiría la palabra en toda la tarde, porque había tenido que bajar la cabeza delante de las madres de los otros alumnos y, particularmente, delante de las madres de los alumnos que habían llegado los primeros.

—Creo que vas con malas compañías—decía mi madre—, creo que ese Kermeur es una mala influencia para ti.

En aquella época ella no conocía a la madre de Kermeur hijo, por la sencilla razón de que mi abuela no conocía todavía a Albert, pero mi madre sabía a pesar de todo que la señora Kermeur era una asistenta, y con ese título para mi madre era una mala compañía. Si en aquella época le hubieran dicho a mi madre que la señora Kermeur llegaría a ser la asistenta de mi abuela, seguramente no lo hubiera creído.

Pero desde que me había visto estrechar la mano de Kermeur hijo saliendo de la escuela, es decir, aceptar la amistad de ese Kermeur, no dejó de decirme que, evidentemente, había elegido lo peor.

—Yo no le elegí, mamá, yo nunca elegí a Kermeur hijo. Fue tan sólo que él vino hacia mí el día de la vuelta al cole, vino hacia mí y me dijo: «Serás mi amigo porque te lo mereces».

Yo nunca supe por qué ocurrió así, por qué lo había merecido, pero lo peor es que nunca se lo pregunté, ni en aquella época ni más tarde, ése fue mi mayor error, ese que, como es evidente, aún sigo pagando hoy, no haber tenido el saludable reflejo de decir que no, de decir, «Es muy amable por tu parte, gracias, pero no quiero tu amistad». No, no éramos lo que se dice amigos. Y todo hubiera debido quedarse como al principio, como en la primera impresión, sólo que siempre hay gente que quiere forzar la primera impresión. En lugar de que todo sea tranquilamente establecido desde la primera vez, que desde el principio se establezca una distancia, hay quien quiere a toda costa inventar una amistad que no existe.

Y mi madre lo había comprendido perfectamente, quiero decir, había comprendido perfectamente que Kermeur hijo era el último de los zoquetes. «Hay que ser el primero en todo», me decía. Decía eso antes del episodio del supermercado. Después del episodio del supermercado, nunca más lo dijo. A partir de ese día, nunca más contó

conmigo para nada y de alguna manera fue mejor para mí, de alguna manera Kermeur hijo me salvó de mi madre, analicé mucho más tarde al margen de mi novela familiar; quiero decir, no directamente en mi novela familiar, sino en todas las notas, digamos psicológicas, que no pintaban nada en mi historia, pero que a pesar de todo no pude evitar redactar, para aclarar mi situación conmigo mismo, digamos, entre mi madre y yo.

Así que aquel día, para volver al episodio del supermercado, estaban los neones que pasaban horizontalmente por encima de mi cabeza, el cuello como arrancado por el guardia de seguridad y la música de Johnny Hallyday en la radio, pero no puedo decir hoy si me acuerdo o si me lo invento, porque sólo recuerdo que el guardia de seguridad dijo: «Vas a dar un paseíto al despacho del director, te va a poner las ideas en su sitio».

Dijo eso, después me enderezó de la oreja, casi me la arrancó para ponerme de pie, para que dejara de arrastrarme por el polvo del embaldosado, repitió, «Pequeño idiota», y esta vez supe que me lo decía a mí. A continuación me señaló con el dedo el despacho acristalado encima de la entrada, y añadió: «Mira, ya te está esperando». Y era verdad, allí estaba, con las manos a la espalda, el director de la tienda, mirándome desde arriba fijamente tras el cristal, sonriendo como si acabara de ganarse el jornal. Y, por supuesto, yo lloraba, por supuesto, yo gritaba y seguramente toda la tienda me miraba.

Pero todo lo que supe decir al entrar en el despacho del director, con mis tabletas de chocolate que me apretaban la tripa como si fueran kilos de cocaína en una aduana, fue «¿No va a llamar usted a la policía, verdad?, ¿no voy a ir a la cárcel?, dígame, ¿no voy a ir a la cárcel?».

—Por supuesto que no, pequeño, por supuesto que no—me dijo el director. Y añadió—: Entonces, pequeño, dime, ¿pensabas comprar esas tabletas de chocolate?

A esta pregunta, lo comprendí más tarde, siempre hay que responder que sí, siempre hay que responder que ha habido un malentendido y que se está dispuesto a pagar inmediatamente. Pero nunca decir sinceramente que pensabas robarlas. Es exactamente lo que hice ese día; por inexperiencia caí en la trampa de la sinceridad, dije llorando que lo confesaba, que quería robarlas, y que no hubiera debido hacerlo.

Con el tiempo, hoy me pregunto si no hubiera preferido a la policía, por culpa del director, por culpa sobre todo del sello que, en su dedo índice, giraba maliciosamente con placer, para que al darme una bofetada en la mejilla me hiciera más daño, primero en un sentido, después en el otro, y dos veces seguidas.

—Esto de parte de la tienda—dijo—, y ahora de mi parte. —Y empezó de nuevo con una precisión de tenista—. Ya está, ahora podemos llamar a tu mamá.

—No está en casa—dije llorando—, está jugando al *bridge*.

Y el director se echó a reír, por lo del *bridge*, por supuesto. Pero fue necesario que diera el número del Club de Bridge, que interrumpieran a mi madre durante su partida, y yo ya me imaginaba la cara que pondría delante de sus amigas, ya me imaginaba su respiración agitada y su malestar.

Mi madre no me dijo nada. Nunca dijo nada. Tuvo sofocos hasta la noche sin decir nada. Pero, al día siguiente, Kermeur hijo había cambiado de colegio.

No, no fui yo quien cambió de colegio; fue Kermeur hijo. Mi madre hizo valer sus contactos ante la directora, y en seguida Kermeur hijo cambió de escuela. Kermeur hijo tuvo que ser inscrito al día siguiente en la escuela pública y nunca más en la escuela privada a la que íbamos, a la que yo seguiría yendo. «Así ya no tendrás más malas compañías», dijo mi madre.

—Pero si es culpa tuya—dije más tarde a mi madre—si yo he tenido malas compañías. Esto no hubiera ocurrido nunca si yo hubiera ido a la escuela pública—le dije riéndome en sus narices años más tarde. Y el hecho es que, después de lo que yo tengo la costumbre de llamar el episodio del supermercado, ya nunca vi a Kermeur hijo durante cinco años.

El día en que volví a ver a Kermeur hijo, le dije en seguida que nunca había dicho nada a nadie de lo ocurrido en el supermercado, pero era falso: en realidad se lo había dicho todo a mi madre. Cierto es que no le había dicho nada al director del supermercado, pero sí a mi madre. En cuanto me metió en el coche y cerró la puerta tras de mí sin decir nada, ya le había dicho que me había dejado llevar, que era culpa de Kermeur hijo, que yo solo nunca hubiera hecho eso.

—Poco importa—dije a Kermeur hijo más tarde—, no hace falta ser muy astuto para saber que fuiste tú quien me metió allí dentro.

Todo el colegio sabía perfectamente que Kermeur hijo era un ladrón, no sólo en el supermercado, sino que a veces también robaba en clase los bollos de chocolate de los alumnos o las plumas estilográficas, todo el mundo lo sabía, le dije mucho más tarde.

2

El día que me instalé en casa de mi abuela, cuando volví a ver a

Kermeur hijo por primera vez, hacía bastante tiempo que mi madre había atado cabos y le había relacionado con la señora Kermeur, que se había convertido en la asistenta de mi abuela. En cuanto mi madre oyó el apellido Kermeur en boca de mi abuela, se preocupó inmediatamente por saber si había algún lazo de parentesco entre el horrible Kermeur del colegio y la asistenta en cuestión. Y se preocupó todavía más en cuanto supo rapidísimamente que era su madre, la misma a la que había tomado la precaución de evitar e incluso rehuir en los días que habían seguido a la expulsión de Kermeur hijo de la escuela.

Pero qué podía decir ese día o cualquier otro, ya que evidentemente ella había tapado el asunto del supermercado y no había contado nunca el episodio a nadie, y menos aún que ella había hecho todo lo posible para que expulsaran a Kermeur hijo, del mismo modo que, sin éxito, hizo todo lo posible para alejar a la señora Kermeur de la casa de su madre.

Así que aquel día, con los brazos ocupados con las cajas, delante de Kermeur hijo, que se había hecho grande, se dio la media vuelta sin decir nada, tan sólo para demostrar su rabia interior. Que mi madre le diera la espalda no desconcertó a Kermeur hijo, al contrario, dijo sin titubear, dijo en seguida muy fuerte para que ella le oyera: «¡Te doy mi palabra de que tu madre parece haberse tragado un cementerio!».

Y por supuesto ella lo oyó. Entonces, con su tono personal, con ese aire negro y carente de bondad, al mismo tiempo que sorprendida por haber pillado al vuelo tal juicio sobre ella, se acercó a él y preguntó: «¿Habla usted de mí, joven?». Y como creía haberle dado un revés, añadió con una fórmula que creyó seguramente digna de su altura: «Que no le vea nunca más delante del edificio; ¡siga su camino, joven!, ¡siga su camino!».

Y todo lo que pude hacer mientras presenciaba la escena fue aguantar la risa, contenerme con dificultad para no estallar en carcajadas, porque esa expresión de tragarse un cementerio, incluso hoy, es cierto, hace que me eche a reír, al imaginarme un cementerio entero en la gran boca abierta de mi madre, quien se lo engulle de un golpe como otros se tragan las vitaminas para darse energía, eso sí, eso me hace reír.

Así que, por supuesto, este episodio lo conté detalladamente en mi novela familiar, y a la fuerza me reí con este episodio, aunque en mi interior no me reía para nada, ya que, por supuesto, fue a partir de ese día exacto cuando empecé a ver de nuevo a Kermeur hijo, a verle a mi pesar, por culpa de su madre, que trabajaba en casa de mi abuela, por culpa del amor repentino que me demostraba. A partir de ahí muchas cosas degeneraron muy rápido, con Kermeur hijo que merodeaba cada noche delante de mis ventanas y entraba como si fuera su casa, con mi

madre que también merodeaba pero por teléfono, que me llamaba cada noche desde el sur de Francia para que le probara que estaba en casa por la noche y no de bares bebiendo cerveza, como ella temía y sospechaba al llamar por teléfono, que esa vez yo no estaría en casa, se esperaba ella en el fondo, que estaría en la calle de bar en bar con Kermeur hijo.

Desde su Languedoc, mi madre siempre supo que yo le frecuentaba de nuevo, a pesar de que nunca hice la menor alusión a su presencia en mi casa cuando ella telefoneaba, a pesar de que él también prestaba mucha atención a no hacer ningún ruido en el apartamento hasta que yo no le había colgado el teléfono, yo sé que ella sentía su presencia. Lo sé por el detalle preciso de que ella nunca colgaba la primera. Decía siempre: «Te dejo…, hasta mañana…», pero no colgaba. Esperaba que me traicionara, que en el segundo que seguiría a su silencio, antes de que a mi vez colgara, yo comentara su llamada con Kermeur hijo. Pero la trampa que me tendía nunca funcionó. Llegué incluso hasta el extremo de dejar el auricular en el aire durante cinco segundos, sonriendo en silencio a Kermeur hijo, sin decir nunca nada, sin que ella oyera otra cosa que el bip del teléfono cuando lo colgaba.

Pero, mamá, tendrías que haber comprendido que en toda esta historia Kermeur hijo también formaba parte de los muebles, incrustado en el paisaje como las rocas en la punta de la rada, como el hilo musical en los supermercados.

—En el fondo—decía a menudo Kermeur hijo—nunca sabré por qué tu madre no me quiere.

Y yo, sabiendo qué es lo que quería oír, sin siquiera sonreírle, respondía a menudo: «A mí madre no le gustan los pobres».

—Según tú—le dije incluso un día—¿por qué crees que mi madre ha insistido tanto para que viva debajo de la casa de mi abuela?, pues te voy a decir por qué, no es por mi bienestar, no es porque me respete, no, me ha instalado aquí para vigilar a su propia madre. Y al vigilar a su propia madre—añadí—, vigila también a la tuya. Y al vigilar a tu madre—añadí además—, ella te vigila a ti.

Por una vez Kermeur hijo no dijo nada, porque sabía que yo tenía razón. Cuando se planteó que yo viniera a vivir al mismo inmueble que mi abuela, a pesar de todas las reticencias de mi madre a que no dejara la región con ellos, seguramente fue un gran consuelo para ella y finalmente una excelente operación, porque para mi madre, le explicaba a Kermeur hijo, el mundo es muy sencillo, el mundo es una especie de gran círculo y en el medio hay una montaña de dinero y la gente entra sin cesar en el círculo para intentar escalar la montaña y clavar una bandera en lo alto. Y por lo tanto, en su pequeño mundo, está la montaña de dinero de Albert y gente alrededor que parece

formar un círculo para romperlo al menor paso en falso.

Supuestamente era muy desgraciada y estaba muy inquieta y atormentada por saberme a mil doscientos kilómetros, «Pero no fui yo quien se fue—le decía por teléfono—, fuiste tú quien se fue, mamá, no yo». Normalmente, a una cierta edad los hijos abandonan el nido familiar, pero no al contrario, no son los padres los que abandonan a sus hijos, pero tú, mamá, tú me abandonaste en el nido familiar, cuando yo aún no estaba hecho, cuando aún estaba verde.

Era una expresión suya, estar sin acabar de hacer, estar aún verde. «Mirad mi chiquitín—decía cuando yo ya tenía quince años—, quiere jugar a ser mayor y aún no está hecho, aún está verde». «Fuiste tú quien se fue—le repetía—, fuiste tú quien me abandonó, ¿y para ir adónde? Al sur de Francia».

Antes de partir, mi madre hizo instalar una mirilla en la puerta de mi apartamento, una verdadera mirilla desde la que podría mirar a quien quisiera entrar en mi casa. Y por más que le dije que no, por más que le dije que podía hacer lo que quisiera, que yo nunca miraría por la mirilla antes de abrir, perdí los nervios para nada, ella no desistió. Porque lo sabía. Sabía que una vez instalada la mirilla en mi puerta miraría por ella. Y no solamente miraría a quien llamara a mi casa, sino que miraría todas las idas y venidas del edificio. En cuanto oyera la puerta del portal abrirse, o bien ruido en la escalera, inmediatamente me precipitaría a la mirilla para mirar quién entraba y quién salía. Miré por la mirilla todos los días diez veces al día durante todo el tiempo que viví en mi casa de portera, «Sí—decía Kermeur hijo—, tu madre es muy fuerte, ha hecho de ti una portera».

Kermeur hijo tenía razón, un verdadero portero, eso es lo que yo era, en un apartamento sin luz, un portero que oye la puerta del edificio abrirse y cerrarse, que recibe los paquetes que deja el cartero, y que barre el portal saludando a los vecinos.

Mi madre siempre imaginaba que una señora sola y rica como mi abuela acabaría mal, que acabaría con dos falsos pintores de brocha gorda que entrarían en su casa y tras maniatarla vaciarían su apartamento. Pero lo que pensaba, en realidad, era que un día la señora Kermeur y su hijo entrarían en su casa y se marcharían con la herencia en una maleta.

Cuando ocurría que mi madre se imaginaba la situación exactamente en estos términos, en seguida le daba una de sus crisis, una crisis de espasmofilia, la llaman los médicos, que le obligaba a ponerse una bolsa de plástico en la cabeza y respirar dentro. Cada vez que veía a mi madre con una bolsa de plástico en la cabeza, era como si hubiera leído su pensamiento, sabía que veía la herencia esfumarse ante sus ojos. Incluso por teléfono, a veces oía perfectamente cómo ponía, por si acaso, una bolsa de plástico al lado del aparato. Por si

acaso yo le anunciaba que, esta vez sí, la señora Kermeur había vaciado el apartamento.

Así que una vez no me pude resistir; estaba Kermeur hijo a mi lado y es cierto que habíamos bebido los dos un poco, que habíamos acabado la botella de vino que había traído como cada noche y que cuando mi madre telefoneó, como cada noche, tuve ganas de reírme con Kermeur hijo. Le dije que sí, que hoy la señora Kermeur había venido como todos los días, pero que tenía una pinta rara, la pinta de alguien que prepara un golpe, que, como siempre, había visto a través de la mirilla que había llegado con las manos vacías, pero que cuando se fue, le dije a mi madre mirando a Kermeur hijo, cuando se fue, era extraño, porque llevaba un baulito que estrechaba con fuerza entre sus brazos y tenía prisa por irse. Puse el altavoz del teléfono para que Kermeur hijo oyera la reacción, y no falló: hubo un silencio, una respiración con hipidos y después el ruido de la bolsa de plástico en la cabeza.

—Venga mamá—dije—, pero si es una broma.

—¡Ah, es muy divertido!—dijo con la voz sofocada por el plástico —, verdaderamente muy divertido. —Y colgó.

Toda la noche estuvimos bebiendo y riéndonos a costa de esta broma que nos divertía como si fuéramos niños, pero a pesar de todo acabé por decirle a Kermeur hijo que esta situación no podía durar eternamente, «Mírame—le dije—, ¿qué parezco entre estas dos locas, todo el día detrás de la mirilla? Soy el ojo del diablo».

Así que hoy ya no sé si fue un día u otro cuando las cosas empezaron a cambiar, pero sé que a partir de entonces las cosas se mezclan en mi cabeza como en un largo presente en el que no se distinguen los años de las horas, que la idea de París y el viento en las calles, que la risa de Kermeur y las mareas furiosas, todo eso está ahí, en mi cabeza, como las estanterías de una biblioteca que hubieran puesto patas arriba. «En todo caso mi madre tenía razón en un punto —discutí con Kermeur hijo—, en cuanto a que soy un intelectual, y que como intelectual tengo derecho a poder concentrarme. Tengo ese derecho desde los nueve años, ¿sabes?, desde que supe que no sería futbolista profesional, ya que en la vida de un niño de nueve años, si lo pensamos bien, no hay cincuenta posibilidades, se es futbolista o escritor, eso es lo que hay en la cabeza de un niño de nueve años. Si tuviera dinero, ¿sabes?, si tuviera dinero, aunque no fuera más que un poco, me hubiera ido hace mucho tiempo».

Y Kermeur hijo, me acuerdo muy bien, en lugar de no hacerme reparar en mi frase y dejarme en mis pensamientos como hacía tan a menudo, en lugar de eso, me miró y dijo: «Pero si tú tienes dinero…».

Kermeur hijo dijo eso y yo le miré como nunca lo había hecho, porque comprendí que estaba rumiando una idea en su cabeza,

comprendí que quería decir algo más importante, que esa frase había madurado durante semanas en su cabeza antes de ser dicha, es decir, antes de que presintiera que se daban las condiciones para decirla.

«Francamente—volvió al tema—, ¿para qué usa tu abuela su fortuna?».

3

La pregunta, es cierto, nos la habíamos planteado todos en cuanto Albert cerró los ojos; deseábamos saber qué haría con su dinero, cómo aprovecharía la fortuna en cuestión, pero aprovechar no es precisamente la palabra adecuada: padecer sí, mi abuela padeció la fortuna en cuestión, el peso del oro y de los muebles, los extractos de cuentas del banco y los impuestos demasiado elevados. Del mismo modo que ciento sesenta metros cuadrados con vistas a la rada era algo desmedido para ella, de la misma manera parecía haberse vuelto loca con toda esa fortuna que le había caído de golpe en la cabeza: dieciocho millones, es decir, mil ochocientos millones de los antiguos francos, pero que pronto se quedarían en dos millones setecientos mil euros.

—Francamente, ¿qué hace tu abuela con todo ese dinero?—Y dándole una calada a su cigarrillo añadió—: Venga, que sé que piensas en ello tanto como yo.

No, nunca había pensado en ello, era algo peor que eso, como si esa idea me rondara la cabeza, como un deseo subterráneo que ejercía una fuerza telepática, comprendí más tarde que era yo quien había incitado a Kermeur hijo a que pensara en ello por sí mismo. Y fue él quien lo dijo.

Y ahora la noche caía sobre la ciudad y las farolas de la calle iluminaban mi casa, puede que fueran las diez de la noche; a contraluz, la luz artificial dejaba su cara en sombras y ahumada, no veía demasiado bien bajo qué expresión se escondía, pero sé que a mí nunca me ha gustado la luz anaranjada de la noche que entra en los hogares, que ilumina las camas, los parqués y las paredes, nunca me ha gustado el viento húmedo que sopla y que entra como por su casa en cualquier cuchitril.

—Cierra la ventana—dije. Cerró la ventana en seguida, mientras yo me tumbaba en la cama con los brazos detrás de la cabeza—. Por supuesto que pienso en ello—dije.

Y, entre frase y frase, fumábamos como en las películas, como estaría escrita una película en la que, entre réplica y réplica, hubiera

que meditar y en la que las frases, primero sopesadas y después dichas, dieran la vuelta a la habitación antes de saturar el aire, antes de que el otro ose continuar.

—Pero la policía—dije—, la policía ¿seguro que abrirá una investigación?

—Por supuesto, por supuesto que la policía abrirá una investigación, empezará incluso por venir a verte, pero ¿sospecharían que un nieto quisiera robar a su abuela?, ¿que un nieto de buena familia quisiera robar a la abuela que graciosamente le acoge? La policía vendrá a verte para preguntarte si has oído algo, si has visto algo anormal, y tú, sentado en tu sofá, levantarás suavemente los ojos de tu libro y responderás tranquilamente que no, que desgraciadamente no has visto nada, que seguramente dormías cuando ocurrió, que si te hubieras despertado, seguramente habrías intervenido.

—¿Sabes quién será la primera persona de la que sospechen?—dije —. Te lo voy a decir: de tu madre. —Y añadí un poco por maldad y otro poco por piedad, añadí para estar seguro de que lo había comprendido—. Porque es una asistenta.

—Escúchame bien—continuó—, tú eres de una familia de derechas —decía—, y yo soy de una familia de izquierdas, y por eso nos entendemos tan bien, porque tú no tienes ganas de pertenecer a una familia de derechas y yo no tengo ganas de pertenecer a una familia de izquierdas.

—¿Y entonces?

—Entonces la cosa funcionará.

4

Cuando el inspector vino a verme para preguntarme si había oído algo, si había visto algo anormal, yo, sentado en mi sofá, levanté suavemente los ojos de mi libro y respondí tranquilamente que no, que desgraciadamente no había visto nada, que seguramente dormía cuando ocurrió, que si me hubiera despertado, seguramente habría intervenido. «Sí, es para indignarse—dije al inspector—, pero ¿qué quiere usted? El que lo ha hecho ha sido muy discreto, seguramente había preparado muy bien el golpe».

Y era cierto que habíamos preparado muy bien nuestro golpe. Técnicamente todo estaba claro. Psicológicamente no. Psicológicamente nunca está nada claro, pero técnicamente sí. A las doce y media de la noche, estábamos delante de la puerta de mi

abuela, sabiendo perfectamente que se había dormido diez minutos después de la medianoche. Como cada noche la oí acostarse a las diez y media, dar vueltas y vueltas en la cama durante una hora, levantarse como cada noche a las once y media y dirigirse hablando sola hasta el cuarto de baño, donde como cada noche oí abrirse el botiquín, el envoltorio ruidoso del somnífero, luego el ruido del vaso al llenarse de agua, y luego oí que, ya tranquila, volvía a acostarse esperando ahora el efecto, exactamente cuarenta minutos antes de caer en un sueño pesado, profundo y artificial que a partir de entonces la volvía inofensiva, sorda a toda incursión en su casa, como por ejemplo Kermeur y yo entrando con un martillo y una palanca.

Pero para empezar, aquella noche, cuando pasaba media hora de la medianoche, saqué de mi bolsillo la llave de la casa de mi abuela, y Kermeur hijo me miró en la penumbra, me miró un poco como si fuera un bicho raro, y dijo: «¿Pensabas entrar con tu llave?».

—Pues sí—dije.

—Pues no—dijo.

Y sin volver a mirarme sacó su martillo y su palanca, forzó la puerta y sólo cuando hubo acabado dijo: «Es un poco paradójico, pero es así como se entra en casa de la gente cuando no quieres que te pillen». Y entramos en el apartamento como si fuéramos verdaderos ladrones, con una linterna en la mano, la espalda curvada y de puntillas, explorando el lugar como los submarinistas que apuntan con su haz de luz en la noche profunda, profunda pero iluminada ahora por los círculos de luz, y admirábamos todo lo que hubiéramos podido coger, los relojes de oro, la porcelana de las vitrinas, pero que no cogeríamos, ya que cogeríamos sólo el dinero, «¡Eh!, sólo el dinero», le repetía a Kermeur hijo.

Entonces abrimos silenciosamente el armario donde ella guardaba el dinero, donde Albert antes que ella, según la vieja confianza en el dinero fiduciario, ya lo guardaba, y había varios fajos de billetes colocados en la estantería encima del guardarropa, allí donde parecía que ni el sol ni el aire hubieran entrado desde hacía siglos, recuerdo, al día siguiente, a la luz del día cómo cantaba el polvo alrededor de los rectángulos que habían dibujado los billetes desaparecidos, cuando fue necesario que viniera a razonar con mi abuela y a fingir no tener ni idea, cuando repetía sin cesar: «Dios mío, si Albert estuviera aquí, si Albert estuviera aquí».

Pero Albert ya no estaba allí, y no dudamos. Cogimos todo el dinero en metálico que enmohecía en el armario, doscientos mil francos exactamente, porque en aquella época todavía había francos. Y ya me dirigía hacia la salida, con los bolsillos llenos de dinero, cuando Kermeur hijo me cogió de la manga y me dijo: «Espera, quedémonos cinco minutos, ¡por una vez que podemos disfrutar de la

vista!».

Pensé que era su humor peculiar, pensé que era una ironía y dije: «Por supuesto, por supuesto», al mismo tiempo que avanzaba hacia la puerta. Pero él, por el contrario, ya había ido a sentarse al salón, ya estaba instalado en la penumbra y había sacado el paquete de cigarrillos y también un vaso y se disponía a servirse un *whisky*.

—Ven aquí de una vez—me dijo.

—Pero bueno—susurré—, ¿deliras completamente? Salgamos de aquí en seguida.

—No me hagas enfadar, ¿eh?, vamos, un cigarrito y un whiskito, ¡que a pesar de todo no somos unos salvajes!

Y con razón o sin ella, no lo sé, me oí decir, perdido y vacío, casi derrotado: «Bueno, sólo un culito».

A mi vez, yo también me senté en un sofá, también yo con un cigarrillo y un *whisky*. A mi vez, yo también oí el movimiento regular de los relojes de pared y en la penumbra distinguí los angelotes de bronce que sostenían la esfera del reloj y, con mirada lastimosa, nos pedían que nos fuéramos.

Juro que tuve tiempo de preguntarme qué hacía allí, en casa de mi abuela, que dormía, la vida casi entera desfilando ante mis ojos, con Kermeur hijo, que puede que también tuviera eso ante sus ojos, como un diaporama de todas las cosas que hacían que estuviéramos allí, los dos en las butacas Luis XV, fumando colillas. No sé si pensé en todo eso en el salón de mi abuela o si es sólo al contarlo, sí, puede que sólo al contarlo, pero en fin, sé que tuve tiempo de preguntarme qué hacíamos allí cuando Kermeur hijo, sorbiendo su *whisky*, soltó: «A todos estos ricachones, a pesar de todo, habría que cargárselos».

Recuerdo no haber levantado la vista, creyendo que un solo movimiento de mis ojos hubiera hecho derrumbarse el edificio, y preferí mantenerlos así, fijos, fijos en el estrecho canal que llevaba mi mirada hacia la mesa y la botella de *whisky*; Kermeur hijo, a quien sentía como a un ectoplasma en su pesado sillón, echaba un ojo afuera hacia las escasas luces que vestían el mar, los dos en medio de sofás demasiado viejos para nosotros, los vasos de cristal sobre el mármol blanco, tan presente en la habitación que parecía que todos los muebles miraban hacia las vetas del mármol, como en el belén de una iglesia las figuras se inclinan hacia el niño Jesús.

Volví a pensar en las horas perfectas que al final habían debido de pasar los dos, Albert y mi abuela, frente al mar, a lo largo de las tardes repetidas en las que cada día, cada hora, tenía para ellos el mismo gusto que la víspera, me imagino, la misma saliva en los mismos instantes, el mismo cuerpo sobre el mismo sofá, y el sol que a su vez caía puntualmente sobre las mismas notas de Beethoven, atravesando

los mismos pliegues ondulantes de los visillos blancos, recibiendo los cuadrados de luz de la ventana, y proyectándolos, en el silencio de las tardes sucesivas, en el laminado del parqué. Seguramente era eso lo que no había que estropear ni perturbar, pensé, porque después te cambia el estado de ánimo, después comienza la inquietud, y viene la idea de la muerte, y es contra eso contra lo que ellos luchaban juntos.

—No se está mal aquí—dijo Kermeur hijo.

Y yo esta vez levanté los ojos y seguramente tenía la pinta de quien no comprende qué hace allí, o digamos que no quiere comprender.

—No—dije—, no se está para nada bien aquí, nos vamos, yo me voy, y ahora me bajo a mi casa y, si te quedas, llamo a la pasma y les explico que hay un chiflado que fuma colillas en casa de mi abuela.

Y por supuesto me siguió, porque en el fondo Kermeur hijo es tan cobarde como yo. Como todas las personas que intentan hacer un cambio, un día algo se resquebraja aún más, un día estalla a plena luz del día, y los llamados no cobardes se descubren aún más cobardes.

Cerramos detrás de nosotros como si no hubiera pasado nada, los fajos de billetes los dejamos en mi casa, «Porque si hay un lugar al que no vendrán a husmear es tu casa», dijo Kermeur hijo, y en eso no se equivocó, nadie pensó que estuvieran allí, ni siquiera mi madre, que ni siquiera pensó en comprobar si el dinero estaba allí, a la vista de todos, ni supuso que yo estuviera implicado.

5

La policía fue amable conmigo.

La policía fue amable con mi abuela.

La policía fue amable con todo el mundo.

—Incluso con tu madre—dije a Kermeur hijo—, incluso con ella.

Sin embargo, cuando nos encontramos al día siguiente en el apartamento de mi abuela con la policía y la señora Kermeur, el inspector me llevó aparte en el rellano para alejarnos de ella y no pudo evitar preguntarme, todo lo discretamente que un policía puede hacerlo, cuál era mi opinión de la señora Kermeur. Y yo la veía, por la abertura de la puerta yo la veía sujetar entre sus manos no sé qué producto de limpieza para darse aplomo mirando al suelo, el inspector esperaba mi respuesta, pero yo no le dije que ella me daba miedo, no le dije que «Con una asistenta no se puede saber nunca qué le pasa por la cabeza—decía mi madre—, es capaz de todo», pensaba mi madre. Al final no dije nada, al contrario, dije que ponía la mano en el fuego por ella, «Sí, señor inspector, pongo la mano en el fuego por ella»,

dije. Y él me agradeció mi ayuda amablemente. «Es normal—dije—, es normal ayudarle y ponerme a su servicio».

No, no dije eso. Tan sólo dije adiós fríamente, intentando no temblar, manteniendo mi mano firme en la suya mientras le miraba a los ojos.

No dije gran cosa ese día, ni al inspector ni a mi madre. Cuando también ella llegó, en el primer avión de ese día de Montpellier a Brest, cuando, como un tornado, entró en el apartamento en medio de todos nosotros, entre el inspector y el médico al que mi abuela había llamado antes incluso que a la policía; era típico de ella, llamar antes a su médico y decirle con la mano en el corazón que le habían robado todo y que iba a morir. Siempre fue así, mi abuela: incluso en plena forma se las apañaba para hacer venir a su médico a la cabecera de su cama por una falsa fiebre. Incluso en los mejores momentos, en los momentos más saludables, diluía cada día una aspirina en un vaso de agua, por culpa de su corazón, decía, porque era bueno para el corazón, había leído en la revista de salud doméstica que la aspirina hacía circular la sangre y por lo tanto mejoraba el ritmo cardiaco. Ningún médico puso nunca en duda la tonicidad de su corazón; al contrario, podía contar con él mucho más que con su cerebro, más que con su hígado o con sus intestinos, «Pero si el corazón está bien—repetía patéticamente su médico—, el corazón está bien», le decía a mi madre ese día.

Ella, mi madre, llegó la última, como un director de cine al rodaje de una película; ni siquiera saludó a su propia madre, sino que primero me miró a mí como diciendo que a pesar de todo no merecía la pena que yo viviera debajo, si no era ni siquiera capaz de impedir un robo. «Ni para portero—leí en su mirada—, no vales ni para portero». Pero también leí en la mirada de mi madre, en cuanto se hubo interesado por la suya, que todo sonaba ya como un triunfo personal de ella, que a partir de ahora las cosas iban a cambiar, y que para empezar no era necesario ya que su anciana madre estuviera sola, dijo: «Comprenderás que a tu edad…».

«¿Pero qué a mi edad? ¿A mi edad qué?», repetía mi abuela con el tensiómetro alrededor del brazo, ya era propensa a tener un poco alta la tensión, entonces no vi si la aguja se puso a girar de golpe cuando lo oyó, pero mi madre insistía, «No, de verdad, no se puede quedar sola, es demasiado peligroso», y estaba encantada de poder decirlo, de poder al fin decirlo, mientras que el médico intentaba retirar el tensiómetro y hacía todo lo posible por concentrarse, para no levantar los ojos ni hacia mi madre ni hacia mí. Y yo también hacía todo lo posible por evitar sus miradas.

No sé si comprendí en seguida que era un día tan grande para mi madre, que era, por así decirlo, su día triunfal. Creo que lo comprendí

más tarde, sentado ante mi escritorio parisino, comprendí que la máquina estaba ya en marcha, que ella ya entreveía el final de su exilio, el final, sí, del Languedoc-Rosellón.

Y por supuesto seguía: que ya era hora de que se hiciera cargo de la situación, que a los noventa años ya no era cosa de quedarse en ese apartamento, que «Un día te encontraremos estrangulada en la cocina», dijo mi madre así, fríamente. Fue en ese momento cuando se fue el inspector, cuando sintió que las cosas acabarían mal, ya que los inspectores presienten cuando las cosas van a acabar mal, cuando la situación se vuelve demasiado íntima, cuando es mejor que se hagan invisibles. Y de buena gana me hubiera ido con él cuando dijo: «Bueno, creo que los voy a dejar en familia», porque no hacía falta ser adivino para saber que, efectivamente, esto acabaría verdaderamente mal, con todos nosotros como testigos avergonzados de la escena, inmóviles como en un cuadro viviente esperando la continuación de los acontecimientos.

Y entonces, no sé, sucedió de repente, de golpe mi abuela se puso completamente roja y se dirigió hacia mi madre, que se hacía la santa, y comenzó a insultarla directamente a la cara, comenzó a tratarla de gentuza, las cejas blancas y apretadas como nunca, y primero levantó una mano, después la otra, y de pronto se puso a golpear a su hija, a pegarle, sí, como una furia, le pegaba en la espalda, en la cara, en el pecho, con esa fuerza que tienen los ancianos cuando deciden echar el resto en la batalla, despreocupada por si le estallaban las venas azuladas de las muñecas, porque sabía, ella sabía que su hija no osaría, no podría responderle físicamente, a riesgo de matarla, que de alguna manera todo eso estaba en juego en un combate codificado entre una madre y una hija, como debía jugarse, como siempre se había jugado en la historia de la humanidad, y que ellas no renunciaban, ni la una ni la otra, la una a la violencia maternal y primitiva, la otra a convertirse en una fiera senil e histérica.

«Pero haced algo—decía mi madre—, impedidle que me pegue», decía protegiéndose a medias, mientras que la otra, la anciana señora, le golpeaba con sus brazos como aspas de molino que giraran con el viento; nadie intervino rápidamente, oh, no, nadie tuvo ganas de intervenir más rápido. Y para mí, desde el principio era como si hubiera vuelto a la infancia, ver a dos adultos pelearse entre ellos, con el médico que decía: «Esto es cosa de los bomberos, hay que llamar a los bomberos, yo no puedo hacer nada».

Después las cosas sucedieron muy rápido. Todo lo que tiene importancia en la vida sucede muy rápido, ¿no es así? Después todo sucedió de un modo sencillo y casi normal. Vinieron los bomberos. Mi abuela corría en zapatillas por el apartamento. Parecía una gallina a la que unos niños intentaran acorralar en un rincón, y mi madre se

echaba las manos a la cabeza como un niñita que no quisiera verlo, luego los brazos de los bomberos, después las palabras inútiles, los «cálmate» pronunciados entre lágrimas y tapados por los gritos, después la puerta abierta del camión rojo, los intermitentes azules, los gritos y la inyección calmante.

6

Fui yo quien la acompañó en la ambulancia, a la anciana señora, atada a la camilla con correas, por si acaso le venían ganas de saltar en marcha de la ambulancia silenciosa que la llevaba lejos, al servicio geriátrico del hospital, lejos para ella, en todo caso, lanzada a toda velocidad por las cuatro vías que bordeaban el mar que ella no vio, tumbada como estaba tras los cristales opacos del vehículo, el día exacto de su nonagésimo cumpleaños.

Fue el más puro azar el que hizo que todo ocurriera el mismo día, pero puede que sea normal que, del número de veces en las que en una vida las cosas se trastornan por causa de muerte o de mudanza, puede que sea normal que de vez en cuando haya una irónica y violenta coincidencia. Así que, ese mismo día, dicha coincidencia hizo de mi abuela una demente y una nonagenaria, pero sobre todo una demente, porque ese día en concreto, seguro, no se acordó de su cumpleaños.

Nadie hizo nada, por otra parte, para que se acordara: a las catorce cuando aparecieron los dos bomberos molidos por el ejercicio y la sacaron en la camilla, no dijeron «Feliz cumpleaños», sino más bien «Vamos, abuelita, que tenemos carretera por delante», y ella, bien tranquila como estaba gracias a la medicación apropiada, no se puso a gritar ni a luchar, ya que se hallaba tan sorprendida como dormida, y ni siquiera supo qué decir, ya que la dosis era tan fuerte que la inyección la había hundido en una semiinconsciencia para relajarle los nervios. Después la dejaron allí, en el geriátrico, en una habitación con un pesado olor a lejía, un poco embriagadora, un poco alcanforada, con olor a vejez.

«Un olor de resistencia a la muerte», pensé cuando la seguí a esa habitación en la que parecía que desde hacía horas estaba mirando a la pared, mirando el único ramo de flores secas que fingía decorar la habitación y que yacía allí, bajo la televisión suspendida de la pared que ella ya miraba, o digamos fingía mirar. Al sentarme allí, más bajo que ella, en el único sillón de la habitación, recuerdo haber dicho frases embrolladas, como una tela invisible que hubiera tejido sobre su

cama, ella siempre inmóvil, atrapada en medio de algunas palabras que volvían sin cesar a mi boca como *partir*, como *imprevisto*, como *nunca más* y vertidas a borbotones sobre ella, sobre las paredes y la ventana entristecida por el exceso de palabras que trepaban como la hiedra por los cristales, en el vacío y el ruido pero con el silencio enfrente, con su silencio enfrente que me contradecía sin cesar. Y por más que le hablara de mi madre y del sur, de mí y de París, ella seguía callada. Yo veía que comprendía lo que le decía, sin mirarme, con el ojo más o menos fijo en las siluetas televisadas del final de la tarde, y hubiera hecho falta poco para que tuviera ganas de volver a verla con una bolsa de dinero, una maleta llena de su dinero, con los billetes que yo hubiera echado a volar por la ventana por haber construido una pared entre ella y yo, «Hasta tal punto sería necesario que supieras—pensé—, es necesario que sepas lo que ha pasado, que yo solo no lo hubiera hecho, que fue Kermeur hijo quien me arrastró, no, que fue mi madre quien nos arrastró a los dos, que todo esto, que bastaría con apenas nada para hacer retroceder las horas y volver a poner las cosas en su sitio, quiero decir, el dinero en el armario, por supuesto, pero también tú en tu nuevo apartamento con vistas a la rada». Pero, por supuesto, no dije nada, recuerdo que no dije nada, que me levanté y salí, que tan sólo pensé: «Ya está, ahora cojo mis cosas y me voy, esta vez me voy».

7

«Sí, me voy», hubiera querido decirle a mi madre al día siguiente, cuando fue necesario que comiéramos juntos antes de que ella partiera de nuevo al sur, ya que tuvo a bien invitarme para que habláramos un poco, que hacía mucho tiempo que no hablábamos los dos, «Y adivina adónde me llevó—dije a Kermeur—, no lo adivinarías nunca: la misma mesa cerca de la entrada, las mismas viudas solitarias, los mismos viejos almirantes que no se morían nunca».

Ese día, los dos en nuestras sillas militares, tensos como tirachinas tras las horas violentas, intentábamos no perder los nervios, ella como si hubiera tomado calmantes antes de venir, y seguramente eso es lo que había hecho, porque, por encima de todo, lo que más temía era tener una crisis de espasmofilia allí, en el Círculo Marino, y verse obligada a meter la cabeza en una bolsa de plástico delante de todo el mundo.

«Escúchame bien—dijo—, yo no voy a esperar a que la policía archive el caso, no tiene que ser tan difícil encontrar al culpable, y

seguramente no es necesario buscarlo muy lejos», porque había en el entorno de mi abuela personas dudosas, ciertas personas que tenían interés por estar muy próximas a mi abuela, que seguramente bastaba con seguir el hilo de las últimas visitas para saber hacia quién dirigirse. Dijo todo eso, sí, pensó todo eso en voz alta y no tuvo necesidad de pronunciar los nombres, para mí estaba ya muy claro. Estaba muy claro que acusaba a Kermeur hijo.

No puedo decir lo que pensé en ese momento, tan sólo recuerdo que mi cerebro se desgarró en dos, espantado, por supuesto, por la idea horrible de mi madre, tranquilizado, por supuesto, por la idea genial de mi madre, que insistía en que era necesario desconfiar de todo el mundo, decía que precisamente venía de la comisaría principal, que había discutido con el comisario ciertos detalles. «Escucha—me dijo—, el comisario piensa como yo, y por eso te lo cuento, porque estoy segura de que tu amigo Kermeur, sí, todo el mundo sabe que es un ladrón, y te puedes imaginar que le he recordado al comisario la historia del supermercado».

Y yo qué hubiera podido responder, frente a ella que ya estaba un poco pálida, con el tenedor detenido en el aire, desbordado por sus frases como las autopistas construidas en su cabeza durante años y que no esperaban más que una ocasión para hacerse reales. Sin apenas interrumpirse, me miró fijamente a los ojos, como si me implorara: «Vamos, cariño, si sabes algo, cualquier cosa que sepas…».

—Oh, sabes, yo a Kermeur hijo apenas le he visto.

—Sí, por supuesto—dijo—, afortunadamente, afortunadamente.

Y se esforzaba por sonreír a las mujeres de los oficiales que la reconocían, que reconocían a la mujer del vicepresidente del Brest, y se esforzaba todavía más por sonreír. Fingió comer un poco mientras continuaba dándole vueltas al asunto, que tenían verdaderamente suerte de que no hubiera pruebas y de que tú, me dijo, «Evidentemente es una lástima que tú no hayas oído nada».

«Ah, pero nada de nada». Y comencé a comer.

Me miró comer, sonriendo a derecha y a izquierda para saludar educadamente a las mismas caras de Brest, a las mismas familias numerosas, y yo presentía que aún tenía algo que decir, presentía que lo iba a decir aunque yo no quisiera oírlo.

—He hablado con tu padre por teléfono—dijo.

—Ah—respondí.

—Sí, esta mañana hemos tomado una decisión: volvemos a vivir a Bretaña.

Y callándonos los dos pasó su mano por mi mejilla, me la acarició, y para mí era como una cuchilla de afeitar que me arrancaba la piel.

—Vamos, no es culpa tuya—me dijo Kermeur hijo—, en el origen de todo esto está tu madre, tu madre es así, pudre todo a su paso. —Y puso su mano en mi hombro, y me sonrió extrañamente, como alguien que se burlara de todo y para empezar de sí mismo.

Él, cuando llegó por la noche hacia las nueve con su botella de vino y su sonrisa falsa de vencedor, porque lo peor era que, para él, para él era una noche normal, su jornada había transcurrido como las otras, arrastrándose por las calles con las manos en los bolsillos, silbando sin hacer nada, así que cuando llamó al timbre esa misma noche como de costumbre, «Pero ¿estás completamente loco?—le dije —. Pero ¿qué haces aquí?».

—¡Bueno y qué!—dijo—, tendremos que seguir viéndonos.

—Pues precisamente no, precisamente no tenemos que vernos.

—Ah, pero es mucho más complejo que todo eso, es mucho más sutil que eso—continuó—. Por un lado, es cierto que no deben vernos juntos, pero, por otro lado, no es necesario que no nos vean juntos, porque tanto en un caso como en otro es sospechoso, ¿comprendes? Basta que nos vean juntos para levantar sospechas, pero basta que no nos vean más juntos para levantar todavía más sospechas.

Me quedé allí, mirándole, cansado, por supuesto, por culpa de todas estas cosas, por culpa de cada hora que parecía contar el doble, por culpa del sueño de mi madre de verle en prisión. Propuso que saliéramos. Salimos. Esa noche hicimos todo lo que Kermeur hijo quiso. Incluso sentarnos al mostrador, incluso pedir *gin-tonic*, él lo quiso. Y hablábamos alto para oírnos, a causa de la insoportable música y de la gente a nuestro alrededor. Posé mi vaso sobre el mostrador de metal, volví la cabeza hacia él tan sólo para esperar a que hablara. Y no habló.

Esa noche le dije a Kermeur hijo que me había equivocado, que no tendríamos que haberlo hecho, que yo solo no lo hubiera hecho nunca, y que me había dejado tentar, bueno, que me había dejado arrastrar.

Juro que esa noche intenté invertir la máquina, le dije que iba a volver a ponerlo todo en su sitio esa misma noche, en casa de mi abuela, y que a continuación ella regresaría a su casa y no hablaríamos más de toda esta historia, y que él no llamaría nunca más por la noche a las nueve, con una botella de vino en la mano, «Porque —le dije—, no quiero pasar mi vida en los bajos fondos, sí, en los bajos fondos», le dije.

—Pero cálmate—me dijo—, cálmate. Reflexiona. Por un lado, no puedes volver a poner el dinero en su sitio sin arriesgarte a ser

sospechoso. Por otro lado, no te puedes librar de mí así como así. Veamos. Reflexiona: si tú te enfadas conmigo y yo, imagina, me lo tomo a mal, imagina simplemente, bueno, yo no estoy nada contento y le doy vueltas en mi rincón, y allí ¿qué es lo que me digo? Me digo, bueno, he ayudado al nieto a robar a su abuela, es cierto, pero también era tentador, él tenía la llave, conocía de memoria el apartamento, así que cuando me pidió que le ayudara…

—Espera, ¿qué estás diciendo?

—Digo que yo por lo menos no he robado a mi propia abuela…

—Pero fue tu idea, fue…

—Sí, pero para la justicia…

—¿Qué pasa con la justicia?, ¿qué justicia?

—… a la justicia nunca le ha parecido muy moral robar a la propia familia.

Mientras, frotaba la cerilla en el rascador de la caja, la acercaba al cigarrillo, que se ponía incandescente al contacto con la decreciente llama, y echaba sobre el cigarrillo una parte del humo que se escapaba de entre sus labios y se evaporaba delante de su cara, que se iluminaba cuando acercaba el cigarrillo a sus labios. Yo no estaba seguro de haber oído bien, «No estoy seguro de haberte oído bien», le dije al oído.

—Ves, tendría que haberle dicho otra cosa a la policía, tendría que haberle dicho exactamente: «La asistenta no sólo tiene la llave, sino que además tiene un hijo», sí, tendría que haberlo precisado, que tenía dudas sobre el horrible hijo de la asistenta de mi abuela, y estoy seguro de que habrían pensado en interrogarte, estoy seguro de que el inspector se habría quedado a esperarte.

Se quedó sin decir nada. Bebimos nuestros *gin-tonics* sentados en los taburetes, bajo la recargada decoración y las aceradas luces que recordaban a una discoteca americana, nuestros silencios ahora cubiertos por la música alta, y luego añadió: «Esto es bonito, ¿ves?, que ya no haya más malentendidos entre nosotros, quiero decir, nunca más como antes, ¿entiendes?, ahora somos amigos de verdad». Y, sobre mi hombro, su enorme mano, que no me soltaba.

9

Recuerdo los días que siguieron en la calle, en los muelles, de pie contra el viento, en el dique, acodado en la barandilla. Me acuerdo de las terrazas de los cafés en los que me senté, de todos los bancos en los jardines, e incluso del mar, di un paseo por el mar, con el barco que

da paseos cerca de la orilla, no lejos de los peces, no lejos de las sardinas ni de las medusas, de cualquier agitación en la superficie del agua. Y allí me quedaba, en la marejada y al viento, en medio de los cargueros y de los navíos de guerra, de lo que quedaba de los cargueros y de los navíos de guerra, de viejos portaviones que habían venido a acabar sus días al puerto militar. En las alturas, en los cambios del cielo, estuve a punto de creer que Dios me miraba y que solamente pensaba en mí.

Iré a decirle a Kremeur hijo: «Se acabó; toda esta historia se acabó». Todo va a volver a su sitio. Pronto la anciana señora regresará a su casa. Pronto la oiré caminar de noche y estará allí, y, uno a uno, los muebles, los sofás, las vitrinas y los cuadros, cada cosa volverá minuciosamente, silenciosamente, a su lugar. No. Por supuesto que no. Pronto sólo estará el cartel de «SE VENDE», que entrechocará con el balcón, el bulevar, que seguirá dominando el puerto. Pronto yo ya no estaré aquí, con los cien mil francos en billetes de cien al punto escondidos en mi maleta bajo los calcetines y los jerséis, listo para dejar la ciudad lo más rápido posible. Esta ciudad.

Y recuerdo que en ese tren que me llevaba de Brest a París, en ese tren, no perdí de vista mi maleta

IV

COSAS SOBRE NOSOTROS

1

Aquel 20 de diciembre tampoco perdí demasiado de vista mi maleta, en ese mismo tren de regreso que me llevaba de vuelta allí como a un imán, sin billetes ordenados por fajos, tan sólo algunos calcetines y unos jerséis, y debajo, como único fajo en lo sucesivo, las ciento setenta y cinco páginas que parecían regresar a su hogar, en medio de las salpicaduras del mar, al Finisterre norte.

Nunca supe demasiado bien qué es lo que hizo Kermeur hijo con su dinero, pero sé que hice bien en emplearlo todo en mi mudanza parisina, mi exilio particular, como le decía a mi madre, mofándome de ella varias veces, de ella, tan ocupada embalando sus cosas bajo las tormentas del sur, con mi voz iluminada por la luz de París, por los paseos de grava tan blanca del jardín de Luxemburgo que reflejaban hasta mi habitación, hasta los tejados, la luz tranquila de los árboles y llevaban los gritos de los niños cerca del estanque de agua fría. Siempre supe que un día estaría allí.

La misma noche del robo, cuando bajamos de casa de mi abuela, cuando no me podía dormir en mi cama, con los doscientos mil francos metidos en la almohada, ya sabía que partiría, que sólo con esa condición me podía quedar el dinero, con la condición de que se volviera limpio. Así que en cuanto comprendí que mis padres iban a regresar para instalarse en Bretaña, en cuanto lo sentí en la voz de mi madre, en el tono meloso de mi madre que evocaba la idea del regreso, en cuanto sentí el triunfo de mi madre, empecé a embalar mis cosas, sobre todo mis libros, mientras que ella negociaba ya la compra de una casa en la costa y negociaba con mi padre para saber dónde la comprarían, desde el momento en que mi padre había advertido que estaba fuera de toda discusión instalarse en Brest, en el centro de la ciudad, fuera de toda discusión el tener que taparse con una bufanda

hasta la nariz para poder salir de su casa, había establecido como condición instalarse fuera de la ciudad, entonces sí quería regresar al Finisterre, con la condición de vivir lo más lejos del estadio de fútbol, con la condición de tener el mar como único vecino.

Y ahora, de alguna manera, tenía el mar como único vecino, el viento al que hacía frente cuando se asomaba a la ventana y se ponía a reír de un modo extraño mirando al horizonte, como para respirar profundamente el viento venido de lejos. Yo siempre me he dicho que no, que al viento no hay que afrontarlo así, al viento hay que seguirlo y no creer que se puede luchar contra él; a pesar de ser violentado por la piedra de la fachada y por la risa de mi padre, en cuanto choca con las ventanas sigue su camino, se recompone y continúa su camino tierra adentro, cada vez más hacia el interior, y su pesadilla dura desde hace mucho tiempo.

Nuestra pesadilla.

De alguna manera seguí el viento al marcharme a París, si se puede decir que fue sólo el viento lo que me llevó allí, la vista siempre en los plátanos alineados y el estanque de agua dulce. Y esta idea rondó durante mucho tiempo mi habitación parisina, saber si sólo el viento me había llevado allí, saber si yo era en mi interior tan volátil, los ojos siempre sumergidos en el jardín de abajo y el estanque de agua fría, en los niños que esperaban el viento e impulsaban sus barcos. Hoy ya puedo decirlo: cuando entré allí por primera vez supe en seguida que estaba en mi casa.

—¿Sabe por qué voy a coger esta habitación?—le dije a la propietaria—. Pues, verá, precisamente por el pequeño estanque de ahí abajo, delante del palacio de Luxemburgo, sí, porque yo también cuando era pequeño, en Brest, jugaba en un estanque con un barco de vela, exactamente como aquí, exactamente como los niños del sexto distrito, salvo que en Brest no hay distritos, pero sí un jardín público precisamente enfrente del Círculo Marino, con un estanque en el que dejar flotar tu barco. Pero un día, un día empujé mi barco un poco demasiado lejos, un día me incliné demasiado al borde de piedra del estanque para coger mi barco, que se había ido un poco demasiado lejos, y me caí completamente vestido al agua fría. Había otros niños, por supuesto, que, por supuesto, se echaron a reír, y cuando me levanté, la vergüenza me pegaba el pelo a los ojos y todos los niños reían. Por eso cojo esta habitación—dije sonriendo a la propietaria—, porque me trae recuerdos. —Y después firmé el contrato, pensando «Aquí todo saldrá a la superficie, aquí escribiré toda la historia».

No le conté a la propietaria la continuación de la anécdota delante del estanque de agua fría. No le dije que mi madre estaba allí, sentada en un banco enfrente del agua, ni la cara que puso cuando me vio salir completamente empapado del estanque, mientras miraba a todos lados

por si alguien me había visto, por si me habían visto las otras madres que sonreían también sin la menor empatía, comprendéis, sin preocuparse por mí, y mi madre que tan sólo murmuraba demasiado alto, «Qué imbécil, pero qué imbécil», inquieta porque nadie conocido suyo, allí, en el jardín Kennedy, que sobre todo nadie la hubiera reconocido, preguntándose ya cómo iba a hacer para cruzar la ciudad con un niño chorreando de pies a cabeza, con los zapatos haciendo chof chof, preguntándose cómo iba a minimizar la vergüenza de tener un hijo tan torpe, tan débil, me dijo, tirando de mi mano, que yo era el único niño del mundo capaz de caer en un estanque completamente vestido, con la gente que se sonreía al cruzarse con nosotros, todo el mundo sonría excepto yo, que lloraba, y mi madre, que tenía vergüenza.

Así que en cuanto subí los siete pisos parisinos hasta esta habitación, en cuanto me sumergí con la vista en el jardín de Luxemburgo, cuando volví a experimentar la sensación del agua fría en los zapatos, por supuesto que no dudé y firmé el contrato. «Gracias a cosas como ésta es por lo que se escribe, por esto y no por otra cosa», pensé de nuevo en el tren que me traía de regreso aquí, como punto final, el 20 de diciembre de 2000.

Y, por supuesto, el tren estaba abarrotado, porque faltaban tres días para Navidad y todo el mundo regresaba a casa, todo el mundo rumiaba en su cabeza las caras familiares y los regalos, yo con los ojos clavados en mi maleta, por encima de nuestras cabezas; era como si, de un solo vistazo, a través del cuero de la maleta, hubiera releído enteras mis ciento setenta y cinco páginas.

«Todo el mundo debería poner el punto final a su historia familiar —pensé—, y en particular un 20 de diciembre, es decir, un día en que es importante tener algo a lo que agarrarse ante la prueba de ir a pasar la Navidad en familia, incluida la gente que dice estar contenta de ir a pasarla en familia, mientras que en el fondo de sí mismos, como todo el mundo, sueñan con escribir una novela sobre su propia familia, una novela que acabe así, en vísperas de Navidad y con los paréntesis sin cerrar».

Entonces, a fuerza de mirar mi maleta, a fuerza de pensar que no había previsto un regalo para nadie, cuando comprendí que el viaje duraría aún cuatro horas, que era el tiempo exacto que me hacía falta para releer el manuscrito entero, me levanté, bajé mi maleta, cogí de dentro el paquete de páginas escritas y lo puse sobre mis rodillas.

Mi vecino de asiento en el tren, que también iba a Brest, (lo había leído en su billete sin que nos dirigiéramos la palabra, tan sólo compartíamos el apoyabrazos para nuestros codos incómodos), mostró curiosidad cuando bajé el paquete de papeles de mi maleta, e intentaba leer de reojo sobre mis rodillas, por culpa también de la

primera página, donde, con rotulador negro, estaba escrito a modo de título: *Mi novela familiar*. Durante varios minutos dejé la primera página así, *Mi novela familiar* a la vista, y no quería pasar de página.

Las páginas que concernían a mi padre me hicieron reír un poco, pero sobre todo las páginas que concernían a mi madre, su tienda de recuerdos en el Languedoc-Rosellón, ataviada con su diadema, sobresaliendo apenas detrás de las postales y los mecheros con la *P* de Palavas que dibujaba un parasol.

No.

No me hicieron reír, todas esas páginas, todas esas páginas sobre mi madre, todas esas páginas que sobre todo hablaban de mí, de Kermeur hijo y de mí, los dos en la noche anaranjada que ensombrecía la rada, el *whisky* en nuestros vasos en medio del salón, mientras las ciudades desfilaban afuera como en una cuenta atrás, Rennes, Saint-Brieuc, Morlaix, después la entrada nauseabunda en los últimos minutos. Siempre hay algo así en los trenes, como navegar en la marejada: bajo el cráneo agitado por el traqueteo del vagón, a pesar del tiempo pasado grabado en mi interior, al llegar a la ciudad blanca, ahí estaban las caras de todos ellos que planeaban en el aire como viejas cometas.

«Ahora es el momento de que regrese contra el viento —pensé la víspera exacta de mi partida para Brest, con el billete de tren que agitaba en mi mano como señal de victoria—, ahora ya soy lo bastante fuerte como para alojarme en casa de mis padres, sí, lo bastante fuerte», pensé en el tren al guardar de nuevo el manuscrito, al volver a colocarlo en el fondo de la maleta, apenas unos kilómetros antes de llegar a Brest, con el tren que ralentizaba la velocidad cada vez más, cuando yo hubiera querido que la ralentizara lo bastante como para que nunca llegara a pararse de verdad, a medida que nos aproximábamos lentamente a la estación y se veía la rada, a medida que el tren parecía rodar sobre el mar y se confundía con los barcos, aquel curioso día sin viento, bajo el frío más bien seco, como algo que predecía que nada era normal, que hubiera debido quedarme allí, en París, bajo los tejados, solo, mirando el estanque del jardín de Luxemburgo, que hubiera podido escarcharse en mi exilio.

2

Yo no digo que nadie hiciera un esfuerzo para acogerme aquella Navidad; al contrario, todo el mundo puso de su parte para hacer ese momento llevadero, simplemente llevadero. Todo el mundo aportó su

pequeña frase y su media sonrisa. Incluso mi padre volvió a hablar de la bruma que se había levantado a su pesar aquel día, dijo que definitivamente en esta región no se sabe nunca a qué atenerse. Si de mi padre hubiera dependido, se hubiera quedado a vivir en el sur, porque a él le gustaba mucho el Languedoc-Rosellón, los toros en la Camarga y la suelta de vaquillas en los pueblos sombríos, sí, a él le gustaba eso.

Incluso mi madre puso su mejor sonrisa cuando me vio llegar y avanzar hacia ella para besarla, con la maleta todavía en la mano izquierda. Eché un vistazo al alto aguilón, a la hiedra y a la viña loca y a los rosales trepadores que todavía dormitaban, y al orgullo de mi madre de seguir de pie en el Finisterre norte. Cuando pienso que fui yo quien te dio todo esto, esta casa familiar y todo su mobiliario, toda la herencia aceleradamente, hasta los grandes muebles de Albert, inmóviles, que desbordaban por todas partes. Parecía que los muebles fueran a ladrar, sentados sobre sus patas traseras y como esperando que alguien les echara un hueso en medio de todo ese rojo embriagador, ese mármol verde, esa caoba flameada que dan un aire tan cortante a estas casas que parecen museos, tanto que mi abuela llamaba al apartamento de Albert «el pequeño museo».

Y ahora todo estaba allí, en la landa bretona, pudriéndose en la humedad de la duna, todo el mobiliario que había pertenecido durante tanto tiempo a Albert, luego durante muy poco tiempo a mi abuela, todo estaba allí como reconstituido, «Sí, reconstituido—dijo mi madre—, al fin la familia está reconstituida». Y hasta parecía estar contenta de volver a verme.

—He pasado por la panadería—dije. Y dándole la caja rectangular que tenía en la mano derecha, añadí—: No quedaba más que esto, un roscón París-Brest.

Y por supuesto, hubiera debido desconfiar, ya que no forma parte del carácter familiar acoger a un hijo así, enseñarle su habitación sonriendo con ese aire estudiado de quien espera su momento, de quien se ajusta la diadema en el pelo y sigue sonriendo, con todo esto, todas estas maneras silenciosas y esta luz sueca que helaba cada ventana, pensé ya entonces al cruzar la puerta y reconocer el olor familiar y el color familiar, pensé que no me quedaría diez días.

Por supuesto que no. No un sábado en vísperas de Navidad. No con gente que no se ha visto desde hace mucho tiempo, compartiendo una carga tan pesada entre todos, como si hubieran vivido cada uno en la cabeza del otro todo el año sin reposo, exasperados por este pensamiento, y de repente, además, teniendo que verse en persona. Como si los meses de ausencia aumentaran la tensión, sentados los unos y los otros en los canapés blancos, los minutos largos entre palabras escasas, mi abuela casi digna delante de su oporto blanco, mi

padre a su lado como si la vigilara.

Y de alguna manera la vigila, me dijo mi hermano, que se dio prisa en llevarme aparte y contarme lo que había ocurrido esa misma mañana, antes de mi llegada, entre mi abuela y mi padre. «Figúrate que ha querido hacer algo útil—me cuchicheó mi hermano—, y ha querido poner la mesa, con la salvedad de que hoy, por el retorno del hijo pródigo—ironizó mi hermano—, han sacado la vajilla de Limoges, si entiendes lo que quiero decir».

Entendí en seguida lo que quería decir. En cuanto pronunció la expresión «vajilla de Limoges», vi toda la escena, la voz de mi padre que siempre repite que vale una fortuna, que hay que prestar atención, que platos como esos ya no se encuentran en ningún lado, que vienen por parte de la tía Germaine y que si ella supiera que los sacamos se revolvería en su tumba. «Y en ese momento—me explicó mi hermano—, no había acabado la frase cuando se oyó al mismo tiempo a sus espaldas el ruido de la porcelana al romperse, al mismo tiempo, te lo juro, el plato en cuestión estalló en el suelo. Entonces, sin volverse, alérgico al ruido como es, apenas el plato tocó el suelo—reía mi hermano—, apenas los últimos trozos se habían detenido debajo de los muebles, en cuanto oyó el estrépito de la porcelana, sin haber visto nada de nada gritó muy fuerte: “Pero ¿quién es la gilipollas que…?”».

Dijo eso, sí, «la gilipollas», aun sabiendo perfectamente que el insulto iba para ella, para la abuela, porque él no tenía la más mínima duda de que había sido ella, y ella no tenía la más mínima duda de que eso era lo que él quería que fuera ella, que si no él no hubiera dicho una expresión semejante, «la gilipollas que», no se lo hubiera dicho a su mujer. Y por supuesto el tono subió, y por supuesto acabó por decir la otra frase que soñaba con decir desde hacía años, que «Si no está contenta, ahí está la puerta». «Y dio un portazo—continuó mi hermano—, y ella salió tiesa sobre sus tacones de charol, jurando que no franquearía nunca más la puerta de esta casa. Salvo que un cuarto de hora más tarde, tras cuatro pasos torpes por la duna, tuvo que regresar. Evidentemente. Y fue necesario que los dos hicieran como si nada hubiera sucedido».

3

Ya está, nos encontrábamos allí, con el aperitivo, un oporto blanco también para mí, esperando que nos hiciera efecto rápidamente, que algo sucediera gracias al alcohol, como si un genio bueno que

escapara de su botella nos sonriera. Después pasamos a la mesa. Mi madre me pidió que me instalara allí, de espaldas al mar, «Si no te importa», dijo, pero claramente decidida a intercalarme entre mi padre y mi abuela, entre los catorce millones negativos de mi padre y los dieciocho millones positivos de mi abuela que se habían reencontrado para un último destello en un plato roto. Pero las miradas de los dos se evitaban y buscaban el vacío; estaba claro también que, a partir de ese momento, tanto el uno como la otra habían cerrado con candados, y para siempre, todos esos viejos armarios llenos de archivos tan pesados.

Ahora tan sólo eran eso, pequeños satélites que giraban alrededor de ella, de mi madre. Y si hubierais visto a mi padre en aquella comida festiva, habríais notado que no sería él quien me llevaría la contraria, visiblemente abrumado por tantas renuncias, dispuesto solamente a utilizar funciones mínimas del lenguaje, algo así como «¿Me puedes pasar la sal?» o «Sí, la carne está muy buena». Y en el suelo de piedra, yo sentía los añicos del plato roto de los que se reía mi hermano. Después los túneles de silencio que soplaban en la mesa. Después algo peor que el silencio, las frases para borrarlo: la bruma que siempre se levanta como tema enigmático, las fotos digitales de la última tormenta, que yo me había perdido unos días atrás, el mar furibundo y las salpicaduras de espuma que venían a morir delante de la puerta ventana, justo a los pies del abeto. Y ahora estaba tan tranquilo, el mar, tan adormecido. El cielo azul tan cortante bajo la nieve carbónica. La guirnalda eléctrica que coloreaba nuestras mejillas. Forzosamente eso hacía mucho.

Seguramente es eso lo que pensó también mi madre, que eso hacía mucho, todas esas palabras como pozos sin fondo, todo ese aire tan espeso cuando apenas acababa de llenar nuestros platos, apenas ella misma se había sentado, como si hubiera querido romper el silencio de una vez por todas, mi madre dijo así, sin ningún apuro, tan sólo evitando que sus ojos se cruzaran con los míos, dijo así delante de todo el mundo: «Entonces, Louis, ¿al parecer escribes cosas sobre nosotros?».

Se hizo como un silencio, más que un silencio, yo estaba petrificado en su frase como en un cuadro holandés, en todo caso algo rígido e inquietante, como envuelto en una luz de tormenta. Sentía la expresión en mis sienes, «cosas sobre nosotros», «escribes cosas sobre nosotros». Pero cómo lo sabía, cómo podía saberlo, cuando yo nunca habría tratado el tema con ella, ni eso ni nada de mi vida parisina, ni eso ni nada de mi vida intelectual, «Pero ¿de qué hablas, mamá?, ¿de qué hablas?».

Hubo en mi interior como un remolino. Sé que me puse completamente rojo, sé que miré a mi hermano un segundo, después a

mi abuela un segundo y dije: «Sí, bueno, no, bueno, es decir, apunto cosas, de vez en cuando», y miré a mi hermano de nuevo porque tan sólo él en la mesa podía haber hablado de ello, podía haber cometido el error de hablar de ello, así que, en ese instante preciso, me dije que había cometido el error de hablarle a él de mis cosas, la única vez que, a decir verdad, nos habíamos visto fuera de la casa familiar, la única vez que nos habíamos visto en París, cuando había venido a jugar por primera vez al Parque de los Príncipes con el equipo de Montpellier, cuando había venido a jugar los cuartos de final de la Copa de Francia, y era el acontecimiento de su vida. Entonces, por supuesto, fui a ver el partido, y, por supuesto, después salimos por la ciudad, y, por supuesto, hablamos mucho.

Aquel 20 de diciembre, al borde del mantel verde que nos separaba más que un río, juro que tuve tiempo de lamentar haberle contado algo a mi hermano, también porque me había obligado a confiarme a él, pensaba fusilándole con la mirada, a fuerza de que me preguntara qué hacía yo en París, tuve que responderle, a la fuerza acabé diciéndole que «Sí, en este momento, me crees si quieres, pero en este momento, estoy escribiendo cosas sobre la familia».

La cara que puso. Me acuerdo, la cara de alguien que no quiere saber más, la cara de alguien que está demasiado bajo el efecto de un *shock* como para dejarlo entrever, era como si en el mismo instante hubiera leído en su cabeza páginas enteras, entonces puede que por miedo, puede que por orgullo, tan sólo dijo: «Ah, bueno», bajando un poco la mirada, sin hacerme una sola pregunta.

Ni una sola pregunta, me indigné más tarde, más hubiera valido que me las hubiera hecho, mejor que dejar el asunto en suspenso en su interior, por el riesgo evidente de que salga un día u otro, de que salga exactamente allí donde no era necesario que lo hiciera, es decir, en el único lugar donde no era necesario que cayera, es decir en el oído de mi madre.

«Cosas sobre nosotros».

Y era como una frase que no quería borrarse, que navegaba en mí como un bucle sonoro y se inscribía por todas partes, en el mantel, en los vasos, en la nieve carbónica que blanqueaba los cristales, «Al parecer escribes cosas sobre nosotros».

—Oh, pero no nos molesta—retomó mi madre—, no tenemos nada que esconder.

—No. Por supuesto.

Si por ella hubiera sido, me hubiera clavado a la pared para saber exactamente dónde estaba con la historia familiar, si de verdad había empezado a escribirla y qué es lo que había podido contar, porque en un sentido, es cierto, tenía una curiosidad extrema por leer cosas sobre ella, pero en otro sentido también estaba extremadamente febril. Por

eso estaba especialmente amable y atenta conmigo aquella Navidad, y es por eso que al mismo tiempo estaba inquieta, porque conmigo nunca se puede saber, pensaba, yo era un intelectual y, en cuanto intelectual, creía que me estaba todo permitido, incluido tomar a los demás por imbéciles, tuvo la ocasión de decirme varias veces, y aterrorizada ya al imaginar qué versión de los hechos había podido dar, qué versión no expurgada, qué versión de mí mismo, qué versión del Languedoc-Rosellón y por lo tanto qué versión de su propia madre, se decía a sí misma, «No lo habrás hecho», imploraba en silencio, «No habrás contado toda nuestra historia». Y en su mirada leía el miedo a las frases y palabras como *dinero*, como *herencia*, como *mecheros* y como *equipo de Brest*. Y también en su mirada, había como una súplica que ella me dirigía: «No, no lo has hecho», suplicaba.

Aquel día, me acuerdo, con la cabeza sumergida en el plato de porcelana, tan sólo me dije: «No la mires, si la miras una sola vez estás perdido, si la miras ahora, tú también serás un satélite toda tu vida». Y, replegado en el fondo de mi abismo, oí apenas, como un cohete que atravesaba la habitación, oí la voz de mi abuela a mi lado, que añadía: «Espero que hables bien de nosotros».

A continuación aún hubo silencio y palabras normales. Mi hermano, que no sabía dónde meterse, después, conversaciones desviadas y más silencio. Se habló de la lluvia de Brest y de los precios de los alquileres. Hubo entrechocar de cucharas con la porcelana. Pero en la mesa, por encima de nosotros, además del mar en el exterior y los viejos muebles que se sometían a nuestra mirada, estaba esa expresión que se había convertido en algo sucio, como una nube de lluvia persistente: «Cosas sobre nosotros». Y se hubiera dicho que, a partir de entonces, en el torbellino negro de la taza de porcelana, cada uno, en la superficie movediza de un propio café, cada uno leía cosas sobre nosotros.

4

—Pues yo no he contado nada—dije más tarde a mi hermano, cuando nos reunimos los dos en el salón y yo fumaba, asqueado—, yo no he contado nada de lo que tú me confiaste aquella noche en París. Merecerías que fuera a contarles todo ahora.

¡La cara que puso! Era como si acantilados enteros le hubieran caído encima, se había descompuesto repentinamente, y casi me hubiera suplicado. Y yo rememoraba aquella velada parisina, y no es que mi hermano jugara aquella tarde especialmente mal, al contrario,

hizo su trabajo de defensa central como sabía hacerlo, simplemente el París fue más fuerte, le dije después del partido que ya era bastante con haber jugado los cuartos de final de la Copa de Francia en el estadio del Parque de los Príncipes y que eso sólo ocurría de vez en cuando, incluso a los mejores equipos, pasar de puntillas, por culpa de las cinco veces exactas que había visto aterrizar el balón en las redes de su equipo contra las cero veces en las redes del equipo contrario.

Cinco a cero. A pesar de todo.

«Pero la derrota invita a las confidencias, la derrota desuella y nos abre las fallas propicias», le dije incluso después de que hubiéramos hablado durante horas, después de que finalmente nos hubiéramos dicho todo, y nos hubiéramos contado cada uno de nuestros secretos.

Yo no pregunté a mi hermano aquella noche si fue el fútbol lo que le había revelado su homosexualidad, o bien si, al contrario, el hecho de ser homosexual le había empujado hacia el fútbol, o bien si no tenían nada que ver una cosa con la otra, pero cuando aquella vez me lo contó, le dije que ya lo sabía, que no sabía cómo, pero que algo en mí ya lo sabía. «Cosas así—dije—, todo el mundo las sabe sin decirlas. Incluso nuestra madre, estoy seguro de que lo sabe».

—Por supuesto que lo sabe—me dijo—, desde hace años quiere cogerme cita con un psicoterapeuta, digamos que porque tengo un aire un poco perdido.

Pero para mi hermano estaba claro que ella quería curarle de su homosexualidad, que ella podía desviar su trayectoria al menos desde ese punto de vista, por no haberlo podido hacer con el fútbol. «Sigue esperando que yo se lo suelte—dijo mi hermano—, pero lo más divertido es que todo el mundo está al corriente, excepto ella».

Todo el mundo siempre lo ha sabido todo, excepto ella.

En el fondo, nadie le ha contado nunca nada; ella fue la última en enterarse de los catorce millones que faltaban en las arcas del club. No fue sino al ir a jugar al *bridge* a casa de su amiga, la esposa del procurador de la República, no fue sino al ver la cara de circunstancias de sus pronto ex amigas, cuando se enteró de las historias de mi padre a través del periódico local, cuando ellas se dieron prisa en ponérselo ante sus ojos, con la foto de mi padre en primera página y escrito debajo en letras muy negras y muy gordas: «¿Adónde han ido los millones?».

Muchas veces nos reímos mi hermano y yo de eso, incluso aquella noche en el salón, «Eso no quita—tuve que rectificar—, que no tendrías que haber hablado de mí».

—Te juro que no lo hice adrede—dijo—, es tan sólo que ayer me exasperó por enésima vez con lo de la cita con un psicoterapeuta, me sigue hablando de eso, entiendes, entonces acabé por reventar, acabé

por decirle que con eso no iba a ir al cielo, porque todo el mal que hacía pronto iba a estar a la vista de todo el mundo, porque tú estabas escribiéndolo todo, toda la historia de la familia. Lo hice con la misma intención que tú, con la intención de hacerle daño.

—Pero yo—le dije—, yo no hago esto para hacer el mal. Al contrario, lo hago para borrar el mal. —Y recuerdo que, en el momento preciso en el que dije la expresión «borrar el mal», de un papirotazo envié mi colilla a quemarse en la chimenea.

Nos quedamos los dos un poco así, quedamos finalmente como hermanos, con nuestras caras sesgadas y vueltas hacia el fuego, y ya sin poder contenerse, demasiado curioso para callarse, añadió:

—¿Has acabado tu novela?

En ese momento yo estaba casi de pie, con el atizador en la mano, removiendo tontamente las brasas en el hogar que apenas iluminaba, y sin ni siquiera volverme, sin tener el coraje de responderle de verdad, debí de mover la cabeza lo suficiente para que comprendiera que sí.

—Pero…—retomó, y dudaba y yo sonreía al sentirle dudar—, pero… ¿hablas de mí?

Y tenía la cabeza caliente a fuerza de jugar con el fuego, a fuerza de dudar si responderle, mientras que al mismo tiempo la situación me hacía reír por no querer responderle demasiado rápido, y después, moviendo todavía la cabeza, dije que sí, que hablaba de él, un poco, dije. Y en el hogar ardiente, iluminado por las llamas, veía desfilar el equipo A de alevines, el césped del estadio del Parque de los Príncipes, las cosas que ella no sabe.

—Después de todo—dijo—, ya que todo el mundo lo sabe. —Luego, guardando un largo silencio entre cigarrillo y cigarrillo, añadió —: En todo caso tengo prisa por leerlo. Estoy seguro de que me va a hacer reír.

—Sí, es posible. Un poco.

Y en el hogar, ahora que el fuego se apagaba lentamente, el único resplandor en el fondo de hollín pegajoso, la única cara que aún sobrevivía cuando pensaba en el libro era la de Kermeur hijo.

—¿Te acuerdas de Kermeur hijo?

—¿El ladrón del colegio?—dijo mi hermano.

—Bueno sí, el hijo de la señora Kermeur.

—Por supuesto, ¿por qué?

—No, por nada—dije—. Por nada.

No estaba previsto de ninguna manera que yo volviera a ver a Kermeur hijo. Pero el hecho es que lo volví a ver, precisamente durante aquella estancia en la casa familiar, exactamente dos días después de mi llegada, cuando había aquella curiosa ausencia de bruma, después de haber visto a mi abuela bajar de su ático y a mi madre tan inquieta por tantas cosas que tenía encima, Kermeur hijo, por decirlo de alguna manera, llamó a la puerta.

Ahora bien, en mi familia hay una costumbre: cuando alguien llama a la puerta, se precipitan a las ventanas para ver quién es. Incluso mi abuela, a pesar de su edad avanzada, a pesar de su mala vista, cuando el timbre sonó por toda la casa, no sé de dónde salió, pero se deslizó en zapatillas hasta la ventana de la escalera, donde todos los demás ya estaban con la nariz pegada a los cristales, y la oí decir: «¿Ese de ahí abajo no es Kermeur hijo con su abrigo negro?».

No, no estaba soñando cuando aparté la cortina blanca y vi, sí, como salido del granito desgastado, aquella silueta puesta allí, como una sombra inscrita en el horizonte, vi a Kermeur hijo delante de la verja y esperando. No se movió al verme, ni cambió su mirada un tanto sombría, tan muda en aquel instante.

En mi cabeza, hoy, es como si hubieran arrancado un segmento, un minúsculo segmento que flotaba en el espacio, pero el espacio, allí, era mi interior mirando aquella silueta que no se movía. No me gustó verle allí, en aquella posición, mientras me sonreía, los mismos labios prietos, y seguramente sin saber, al igual que yo, qué cara poner en ese momento, pero ¿qué hace allí? «Pero ¿qué haces allí?», estuve a punto de preguntarle como podría haberle dicho: «Pero vete; pero si no tienes nada que hacer aquí». Entonces, al notar mi desconcierto, que duró varios segundos, seguramente vio en mi mirada mezclados el pánico y la vergüenza, porque no había más que eso en mi mirada, el pánico y la vergüenza, y no supe qué decir.

Y sin duda no se sintió decepcionado porque mi madre abriera ella misma la puerta, petrificada como una vela fría, tan evidentemente sorprendida, tan vejada porque él se atreviera a hacer eso, llamar a la puerta y sostenerle la mirada, obligada como estuvo a ser casi educada. Ni siquiera dijo buenos días, sino que hacía mucho tiempo, sí, «Qué sorpresa», dijo. E incluso: «¿Qué tal está su madre?». Y cada frase que ella pronunciaba, apenas franqueaba sus labios, parecía lanzarse en caída libre para estrellarse contra el suelo. Entonces él, no sé, completamente indiferente, a su vez parecía que se inclinaba tranquilamente y recogía cada frase que yacía en el suelo, y respondía.

Fue necesario que la rodeara para salir ante él, ya que formaba una barricada en la entrada, y me sentí tan aliviado por dejar la casa familiar por unas horas, que casi estaba contento de volver a ver a Kermeur hijo, que ya me daba palmadas en el hombro, en el hombro

de mi viejo amigo dijo una vez más delante de mi indignada madre.

—Pero ¿cómo sabías?—le dije nada más montarme en su coche—, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Vimos a tu padre en la estación ayer por la mañana.

Durante un rato buscamos el uno y el otro de qué hablar, a lo largo de las líneas curvas que conducían a la ciudad y a nuestros recuerdos en común, como un estrato subterráneo que no quería resurgir, el mar casi enervante a fuerza de seguir en calma, el mar estropeado a fuerza de estar inmóvil.

—Cuando pienso que te fuiste sin decirme adiós—dijo Kermeur.

—No dije adiós a nadie cuando dejé Brest.

Y volviendo la cabeza hacia mí, que miraba afuera, a lo largo del mar azul, añadió:

—¿Qué has hecho todo este tiempo?

Allí, en el puerto de Brest, apenas bajado de su coche, mirando su silueta que no había cambiado, volví a recordarle sorbiendo su *whisky* en el salón de mi abuela, pensé en él y las viejas cuentas por saldar, pensé en él y su cabeza hirsuta.

¿Lo quieres saber de verdad? Mientras aparcábamos allí, cerca del puerto deportivo, tan sólo en el tiempo en que nos instalamos en la terraza y pedimos dos cervezas, yo ya me había prometido no volverle a hablar nunca más de mi novela familiar, de ninguna de las ciento setenta y cinco páginas, porque todavía tenía su risa de otros tiempos en mis oídos, la risa que le dio cuando se lo dije un día, que me iría de Brest, que escribiría un libro, y ahora era cosa hecha.

Puede que si Kermeur hijo no hubiera reído aquella noche, la idea de escribir se hubiera ido de mi cabeza para siempre, o al menos no habría regresado tan violentamente, tan necesariamente meses más tarde. Meses más tarde, en cuanto me puse en mi escritorio parisino a escribir mi novela familiar, tuve esa risa en los oídos, la risa de Kermeur hijo, y fue gracias a esa risa que me vinieron las frases, que me vinieron el tono del libro y el color del libro, con la idea de que alguien revestía mis frases con una risa ruin. He evocado a menudo esa risa en mi novela familiar, porque Kermeur hijo es la única persona que no es de la familia y que tiene un papel importante en el libro. Y después dije:

—A todo el mundo le dan igual las historias de familia.

Y seguro de que se iba a echar a reír, seguro también de que me iba a levantar en seguida diciéndole que no teníamos nada que decirnos, que nunca habíamos tenido nada que decirnos y que ahora menos todavía, en lugar de eso, él dijo tranquilamente: «Entonces lo has hecho».

Y dudaba si mirarme, por culpa de la siguiente pregunta que le

quemaba los labios: «¿En ella hablas de mí?».

—Un poco—dije—, bueno, de hecho, mucho, pero no exactamente de ti, porque a pesar de todo es una novela, y he cambiado cosas. —Y le miré, y añadí con una mirada más bien vacía—: Al mismo tiempo, sí, se puede decir que habla de ti.

6

Sí, se puede decir que habla de él, aunque he transformado muchas cosas para no tener problemas, no solamente con Kermeur hijo, sino con los demás, con mi madre y mi padre e incluso con mi abuela. Por eso había empezado la historia con la muerte de mi abuela, cuando en realidad estaba más sana que una manzana, bebía oporto blanco y veía hasta la verja del jardín. Pero en mi libro, no, estaba su cadáver polvoriento y toda la familia falsamente digna ante el panteón, mientras que los enterradores hacían descender el ataúd suspendido con unas cuerdas. En ese preciso momento se oyen unos pasos que hacen crujir la gravilla en el silencio mortuorio, alguien que se aproxima y que tiene cuentas que saldar, y se trata de Kermeur hijo. Salvo que en mi libro no lo he llamado así. En mi libro le he dado otro nombre sin importancia. En todo caso se comprende en seguida que él no debiera estar allí, en la intimidad de la familia, que en seguida la tensión sube con mi madre, bueno, no es realmente mi madre, sino una mujer con gafas negras que entierra a su anciana madre y que a pesar de todo es mi madre en la novela, porque está narrada en primera persona, por lo tanto por mí de alguna manera, en fin, alguien próximo a mí, digamos, lo bastante próximo como para que la gente que me conoce comprenda que soy yo. Mi madre, por ejemplo, comprenderá en seguida que soy yo. Kermeur hijo comprenderá en seguida que es mi madre porque desde el inicio en el cementerio, cuando ella siente una silueta a sus espaldas, se pone una bolsa de plástico en la cabeza. Y si de todas las crisis hay una que no es comedia, es ésta, porque mi madre tiene muchas razones para sentir miedo, porque es su culpa si Kermeur hijo ha ido allí para vengarse, porque es culpa suya si él ha estado en prisión. En mi libro, sí, me dije que sería mejor así, que Kermeur hijo hubiera estado en prisión por el robo. Sería más novelesco.

De golpe, es más fuerte para todo el mundo, para mi madre, por supuesto, que ha conseguido hacer acusar a Kermeur hijo, pero también para mí, por el sentimiento de culpa por no haber sido acusado al mismo tiempo que Kermeur hijo, porque, en mi libro,

Kermeur hijo no solamente va a la cárcel, sino que además no me denuncia. No digo que eso es lo que hubiera hecho en la realidad. Ni siquiera digo que hubiera debido hacerlo. Tan sólo digo que así tenía más estilo, y por lo tanto era más novelesco.

En la realidad también mi madre intentó convencer al procurador de la República, pero no funcionó, mientras que en mi libro sí lo hizo. Pero la vida está tan hecha de casualidades, dice mi madre en el libro, de increíbles casualidades, insiste, cuando en realidad nada es fruto del azar, sino del cálculo y de los tejemanejes.

Y es entonces, solamente cuando planteo eso, de alguna manera el nudo negro de la historia, cuando Kermeur hijo sale de prisión para vengarse, que puedo explicar cómo hemos llegado allí. La verdad, en resumidas cuentas. La fortuna de Albert. El Languedoc-Rosellón. El robo en casa de la anciana señora. Todo, hasta regresar al punto de partida, al cementerio, que se convierte en el fin. Es decir, al final estamos siempre allí, en el entierro con ese tipo que se parece a Kermeur y que sale de prisión. Salvo que al principio estábamos más bien en su contra y ahora estamos más bien con él, y clamamos venganza contra mi madre. Tan sólo esperamos una cosa: el duelo final entre Kermeur hijo y mi madre. Digo «esperamos» y soy sobre todo yo quien espera este momento, ya que nadie ha leído nunca esta versión, digamos novelesca, de los hechos. Nadie ha leído nunca el final previsto por mí, que tiene lugar precisamente después del entierro de mi abuela, y especialmente durante la gran comida ese mismo día, en el Círculo Marino. Es como si cerráramos el círculo con la historia de Albert. Entonces Kermeur, en fin, el que se parece a Kermeur en el libro, se pone a seguirlos a la salida del cementerio, coge su coche y los sigue sin decir una palabra, exactamente como haría un psicópata. Y mi madre tiembla al cerrar la puerta del coche, al subir los escalones que llevan a la gran sala del Círculo; presiente que va a pasarle algo malo, y por supuesto que tiene razón al volverse continuamente y al temblar un poco con la bolsa de plástico en el bolsillo, porque el otro, el enemigo, nunca está lejos, tenebroso en su coche desde donde observa todo, el brazo tatuado sobre el metal. Y apenas nos hemos instalado todos para la comida, yo con ellos, por supuesto, en ese momento preciso Kermeur hijo baja tranquilamente del coche. Muy tranquilamente sube los escalones y decide irrumpir en la vieja sala estalinista, decide que mi madre va a pagar ahora. Y eso no es para nada divertido.

Hasta ahora podía pasar por casi divertido, digamos ligero, pero ahora Kermeur hijo aparece allí con dos revólveres cargados, y tiene toda la intención de acabar el asunto. Y eso se parece mucho a una toma de rehenes, salvo que la única persona que le interesa, con la que quiere discutir tranquilamente, es mi madre. Entonces pide a toda

la familia que salga, excepto a mí, para que pueda seguir contando la historia, excepto a mi madre, para poder castigarla. En seguida afuera aparece la policía, que instala un cordón de seguridad, habla por el megáfono, intenta negociar con Kermeur, pero Kermeur no quiere saber nada. Incluso cuando su propia madre coge el megáfono y le suplica que salga, Kermeur hijo no atiende a razones. Tan sólo quiere discutir con mi madre. Entonces se sienta ante ella, le apunta con la pistola a la frente y al mismo tiempo tiene lágrimas en los ojos, y al mismo tiempo está al borde de un ataque de nervios e intenta contenerse y no perder los nervios y su cabeza se balancea un poco en todas las direcciones y se ve perfectamente que duda en disparar mientras ella está completamente aterrorizada y sin poder decir nada, porque tiene demasiado miedo a hacer un gesto en falso, a sobresaltarlo, entonces, lo que él le dice en ese preciso momento, todo lo que a él se le ocurre decirle en ese instante, con la boca titubeante que no sabe si abrirse o no, el cañón del revólver siempre apuntándole a ella, negando con la cabeza le dice tranquilamente que no, que no está bien lo que ha hecho, que nunca tendría que haber hecho que le expulsaran del colegio, no, no está bien de ninguna manera.

Y entonces los segundos son largos, es como si para cada uno toda la historia se concentrara allí, en ese instante de duda, en el momento en que va a matarla. Y después de eso, justo en ese momento, levanta la culata de su revólver, se echa hacia atrás en la silla, y niega con la cabeza. Se mete la mano en el bolsillo y saca una bolsa de plástico, que le entrega sonriendo. La última imagen de mi madre es ésta, una bolsa de plástico que le cubre la cara. Y para todo el mundo, evidentemente, para todo el mundo él es el ganador, Kermeur hijo, a pesar de que la policía le espera al pie de las escaleras, a pesar de que se va esposado y con la cabeza baja, en mi libro eres tú el ganador.

7

Simultáneamente levantamos nuestras cervezas, simultáneamente las bebimos de un solo trago, simultáneamente las dejamos sobre la mesa. Después, en el intermedio que nos separaba un poco a Kermeur y a mí, eché un ojo a mi móvil, en cuya pantalla decía: «Leer nuevo mensaje». Vi que venía de mi hermano. Tuve una vaga angustia. Lo leí una primera vez. Lo leí una segunda vez.

MADRE LEYENDO EN TU HABITACIÓN. COMPORTAMIENTO EXTRAÑO.

No pagué mis cervezas. Dije: «Ya te explicaré». Subí a un taxi. Dije: «Dese prisa». Hice todo eso muy rápido, luchando contra todo, incluso evitando los ojos del conductor en el retrovisor, la ciudad a gran velocidad y el mar delante de nosotros, y, como transparentándose a través del mar vítreo, veía aparecer el rostro gigante de mi madre, como un presidente americano en el monte Rushmore.

Pero era demasiado tarde, «Es demasiado tarde», pensé, ella ya estaba leyendo las últimas páginas a la luz declinante venida del oeste, al sol que iluminaba cada línea como un foco sobre el *ring*. Y en esta imagen que me invadía, al mismo tiempo que miedo, había algo dulce, algo, sí, tranquilizador. Pensé: «No, no corras, déjale acabar. Sí, déjale leer el final». Dije al conductor: «Frene, coja el camino por el mar», con el agua casi espesa a la luz de la tarde, con el sentimiento de muerte que precede a las cinco de la tarde, con la artillería pesada de los crepúsculos de invierno. «Vamos, ruede despacio».

El cielo por un instante vacío en la punta de Saint-Mathieu. La ausencia de viento. El mar estropeado. «Continúe, frene, llegaremos todavía demasiado pronto». La desidia del sol. Las rías negras por el fango. La sal del agua que hace germinar las piedras.

A continuación apareció la casa, silenciosa, mi padre en el sofá, al fondo seguía la guirnalda parpadeante y la televisión como compañía visual. Hice un pequeño gesto con la mano a través del marco de la puerta, al mismo tiempo que me dirigía hacia la escalera. Evidentemente, él no se había enterado. Recuerdo que subí la escalera lentamente, como en una película de terror con visiones de mi madre en la mente, histérica, tirándose por la ventana o arrancándose el pelo, de ella muerta ensangrentada, tumbada en la cama, ella, con la cabeza en las manos queriendo despertarse. No hubo nada de todo eso.

Efectivamente, mi madre estaba allí, a contraluz del crepúsculo, con la espalda inclinada sobre el escritorio cuando entré, cuando mi cuerpo franqueó enteramente el umbral de la habitación, entonces ella levantó lentamente la cabeza y me miró, cómo decirlo, tranquilamente. Tenía una sonrisa, una sonrisa extraña, pero una sonrisa al fin y al cabo. Ni un sollozo. Ni una crisis. Ni siquiera una bolsa de plástico al alcance de la mano, sino tan sólo ese aire tranquilo y sueco que la confundía con la madera tibia de las paredes, erguidos delante de la ventana los escasos árboles desnudos que veteaban el océano.

Me dijo que llegaba en el momento preciso, que apenas había acabado, que era muy instructivo, dijo, sí, muy instructivo.

Y yo me quedé allí sin decirle nada. Era como una especie de calma peligrosa, de calma como se puede leer en las novelas

marítimas, justo antes de las tormentas en el cabo de Hornos, cuando el mar está tranquilo y el viento cesa completamente, y entonces, entonces hay que arriar rápidamente las velas y encerrarse en el barco, porque eso quiere decir que va a pegar muy fuerte. Y ella mantenía ese aire lejano, etéreo, como habitada por un ángel pasajero que hubiera aplazado su cólera. Incluso su voz, tan seca habitualmente, tan metálica, de golpe era como si se hubiera dulcificado, mientras me decía con la misma media sonrisa ausente: «Tienes mucha imaginación, sí, verdaderamente mucha, es divertido».

Yo hubiese pensado cualquier otra palabra menos ésa, *divertido*, que lo encontrara divertido, no, no le creí ni por un momento, pero no sé, todo lo que se me ocurrió decir fue: «Sí es una novela—dije—, pero, en fin, es, es una ficción, sabes, no habla de ti».

Manteniendo la mirada apenada, tan sólo respondió: «¿Pero quién ha dicho que esto hablaba de mí?».

Entonces se había vuelto hacia la puerta, con una mano bien apoyada sobre el escritorio, sobre las páginas que sujetaba con dicha mano, como para evitar que saliera corriendo con el manuscrito bajo el brazo, y para decir que no, que no habíamos acabado de hablar, cogiendo el manuscrito, mientras me seguía sonriendo, intentó hablar, pero no había nada más que decir, o en todo caso no a mí, en el punto en el que yo estoy, «sino a tu padre», entonces se acercó casi compasiva, añadiendo que, por supuesto, que, por supuesto, ella no podía dejar salir eso de la casa. Pasó la mano por mi pelo y dijo: «Digo esto por tu bien, sabes, por el bien de todos».

Yo estaba como inmovilizado en el umbral del dormitorio, con los labios repentinamente como de piedra y demasiado pesados para hablar, por dentro mi sangre giraba enloquecida. Era como carbón que acarrearan a mi interior, hacia el corazón, hacia la nuca, hacia mis manos estupefactas que escondían sus movimientos, sin que ni una palabra, ni ningún pensamiento sólido pudieran parar eso, la idea sorda de que a partir de entonces, sí, de ahora en adelante habría un antes y un después.

Se llevó la mano al bolsillo de la falda, rebuscó entre las llaves y las monedas, y como arma definitiva blandió ante mí un mechero. Juro que no lo soñé: vi grabado en el plástico blanco, vi las letras azules, vi la *P* de Palavas que dibujaba un parasol.

—¿Ves?—dijo—, aún me quedan.

En una mano el manuscrito, como suspendido de sus dedos, balanceándose ligeramente, en la otra el roce de la piedra de donde brotaría la llama; la miré sin decir ni una palabra, con el corazón más lento, entreviendo ya que pronto, muy pronto, guardaría uno a uno mis jerséis, pronto la maleta estaría cerrada y mi vida lejos de allí.

Y ella alargaba el tiempo, cada segundo más pesado que el

precedente, como una mala actriz en la escena de su vida. Pensé que nunca habría podido escribir una escena parecida, ella, amenazante, dudando aún si acercar demasiado el mechero, su silueta negra ahora en el más puro contraluz, ella, que tanto había contenido la cólera y el odio, me miraba con ojos más desafiantes que nunca y decía: «Lo siento, cariño, lo siento mucho».

Yo tan sólo pensé: «¿No creerá a pesar de todo que es el único ejemplar?». Y en mi bolsillo, sin sacarla, notaba entre mis dedos la pequeña memoria USB, que en la oscuridad de los jeans parecía mofarse de mi madre. Pero no dije nada, puede que para no vejarla, porque estaba en su derecho, en ese momento, de creerse la más fuerte.

Frotó repetidas veces la piedra del mechero que produciría la chispa, después la llama, que miraba ahora con un aire pasmado, como si en ese instante hubiera tenido al igual que yo la imagen un poco loca de sus ojos exorbitados concentrados en su mano. «Creo que voy a ir contigo», apenas susurré cuando vi el fuego que brotaba esta vez de entre sus dedos, dirigiéndose al ángulo del papel, cada hoja acogiendo silenciosamente el calor amarillo y negro que trepaba por la tinta ya vieja, el carbono escapado de la llama que recubría cada línea disuelta en un solo golpe, las ciento setenta y cinco páginas que se consumían en un tiempo tan compacto que, por una vez, tenía la impresión de que todo se decía en una sola frase.

Los jirones de cenizas rápidamente enfriadas ya revoloteaban a su alrededor como una especie de nieve negra que la cubría por entero para después posarse en el suelo. A su vez murmuró algo que nunca sabré, y seguramente en el fondo de sí misma había amor en su voz. Después oímos, proveniente de la planta baja, la voz de mi padre, que no se había enterado de nada y que decía: «¿Qué pasa ahí arriba? Parece que huele a quemado».

8

Hice cada movimiento al revés, la ropa aún limpia, lentamente doblada, la maleta en la mano izquierda, solamente que más ligera, una mirada a mi hermano en la entrada, algo, no sé, entre una distancia forzosa y el sueño de un abrazo que no tendría nunca lugar. A pesar de todo, no lo pude evitar, hice con la mano el cinco y después el círculo del cero, y sonreí un poco.

Era al día siguiente por la mañana, 23 de diciembre. Mi padre esperaba en su coche, el motor ya en marcha, y él también con prisa

por pasar la Navidad en paz. Entonces hubiera podido llevar mi maleta, pensé al meterla en el maletero y al sentarme en el gran Renault, con el cinturón que me abroché para decir que estaba listo, pero con la mirada aún fuera en los rosales trepadores, en las piedras cansadas, en la puerta ya cerrada. Lejos, tras las ventanas, como escondidos a la sombra del abeto que ya no parpadeaba, supuse que, quizá, quizá me miraban partir.

Entonces pensaba en todo eso, en todo eso y en el resto, en el coche que parecía llevarme a mí en una dirección y a mis pensamientos en la otra, las pupilas como sojuzgadas al azul incoherente de la costa, a Ouessant levantándose en la bruma, indiferente al paisaje del alba, a las flores amarillas en las dunas, al humo pesado de los cigarrillos Gitanes que él seguía encendiendo incluso al llegar al parking de la estación. Y cuando ya iba a despedirme de él, sentado detrás de los cristales tintados, como una especie de relámpago que hubiera salido de su interior, dijo: «¡A la mierda!». Y abrió la puerta del coche.

Puso el pie en el suelo del parking, como un forastero en una ciudad del Far West, y sin apenas dudar se dirigió al maletero. Sin decir palabra, le vi coger mi maleta y después avanzar, como al descubierto, ante el viento que parecía elevarlo, mientras atravesaba el *hall*, y era como si esperara que le reconocieran y que le hablaran de los catorce millones volatilizados. Y de este modo le seguí, mientras él llevaba mi maleta hasta el mismo andén de la estación; me ayudó a subirla al tren, tras el cristal de la ventanilla me hizo un gesto con la mano. Y nadie le insultó.